


AVANCE EDUCACIONAL

1956

CENTENARIO DE LA GESTA CENTROAMERICANA



U pues que fuisteis héroes
también sois inmortales
mientras en nuestros pechos
y en los de nuestros hijos
irradie luz y celo
la inspiración patriótica
que como herencia sacra
nos disteis hace un siglo.

José Antonio Valverde

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
ESCUELA DE PEDAGOGIA

AVANCE EDUCACIONAL

NUMEROS

8 Y 9

1956

EN EL

CENTENARIO DE LA GESTA CENTROAMERICANA
1856 Y 1857

Edición dirigida por la Decana

Dra. EMMA GAMBOA,

con la colaboración de los profesores:

CARMEN GAMBOA DE BOLAÑOS,

CARMEN SOSA DE MALAVASSI,

SALVADOR UMAÑA CASTRO,

MARCO TULLIO SALAZAR SALAZAR,

RAFAEL CORTES CHACON.

**ESCUELA DE PEDAGOGIA
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA**

CONTENIDO

	Páginas
A los maestros	9
Significado de este Centenario.— Rafael Cortés Chacón	11
Unidad de Trabajo: Recordemos a nuestros héroes del 56	13
Don Juanito.— Emma Gamboa	19
Primeras proclamas.— Juan Rafael Mora	23
Santa Rosa.— Máximo Soto Hall	25
Walker reconoce el éxito de las tropas costarricenses en Santa Rosa.— Joaquín Vargas Coto	28
Boletín del ejército.— Estado Mayor de Liberia	31
El estandarte de la Universidad de Costa Rica en Santa Rosa.— José Antonio Valverde	32
Un viaje a Nicaragua en el Año del Centenario.— Estudiante E. de Pedagogía	34
Combate en Sardinal, 10 de abril de 1856.— Armando Rodríguez Porras	38
Breve relato de la batalla de Rivas el 11 de abril de 1856.— Rafael Obregón Loría	41
11 de abril de 1856, asalto a la ciudad de Rivas.— Euclides Chacón M.	44
Romance de Juan Santamaría.— Carlos Luis Sáenz	49
Juan Santamaría.— José B. Acuña	50
Bronce al soldado Juan.— Rubén Darío	52
El héroe.— Eliás Leiva	54
Juan Santamaría.— Ricardo Jiménez	55
El asno del Sapoá de la Primera Compañía.— Máximo Soto Hall	56
Capitán	58
Vuelta del ejército	59
Costa Rica cierra el tránsito	61
Proclama anunciando la terminación de la guerra.— Juan Raf. Mora	62
Última expedición de William Walker.— Francisco Cruz	63
El Monumento Nacional.— Carlos Meléndez	65
La toma de los vapores.— Carlos Luis Sáenz	68
Una sala sobre la campaña del 56 en el Museo Nacional.— Carlos Meléndez	83
El trabajo de la Comisión de Investigación Histórica	85
Algunas fechas de la campaña del 56.— Marco Tulio Salazar	87



ESCENARIO de la GUERRA

1856 - 1857



A LOS MAESTROS

Les ofrecemos esta edición de Avance Educativo dedicada al Centenario de la Guerra de 1856 y 1857. Hemos escogido materiales que puedan servir para el desarrollo de una unidad de trabajo sobre la gesta gloriosa, dando énfasis a la participación gallarda de Costa Rica.

Expresamos el debido reconocimiento a la Comisión de Investigación Histórica de la Campaña de 1856-1857 porque la valiosa obra por ellos publicada con motivo del Centenario, ha hecho posible la selección de los mejores documentos.

También manifestamos nuestra gratitud a los escritores que nos favorecieron con trabajos especiales y a todos los que en alguna forma cooperaron en la realización de este esfuerzo.

SIGNIFICADO DE ESTE CENTENARIO

Por RAFAEL CORTES CHACON

Hace cien años los pueblos centroamericanos se unieron para librar una batalla por su libertad. La que habían adquirido al separarse de la madre España debía afirmarse en la sangre derramada y probarse en el heroísmo y en el sacrificio de sus hijos. Hace cien años los pueblos de Centro América señalaron un camino de luz para significar que toda lucha por la libertad es por sobre todo, defensa del respeto a la dignidad humana, la de todos los hombres en conjunto y la de cada hombre en particular. Porque la gesta centroamericana de hace un siglo no la deben entender los pueblos de América Latina como una simple lucha por mantener la soberanía, sino como una lucha para impedir el desarrollo de la esclavitud del hombre.

Un siglo después, los pueblos sangrantes del mundo han debido reunirse para universalizar este principio y declarar la igualdad racial de todos los hombres, y con esa igualdad, la conveniencia y la necesidad de unirse, no para conquistar y esclavizar a los pueblos, sino para ayudarles a levantarse de su postración social, de sus miserias y de su incultura.

Hace un siglo Centro América pudo estar destinada a convertirse en factoría de los intereses esclavistas que pugnaban contra la unidad y la integridad de los Estados Unidos. Muchas ambiciones se volvieron hacia los estados centroamericanos y los sueños de muchos, con sus látigos restallantes, pudieron imaginar las tierras reverdeciendo en extensos algodonaes, mientras que las espaldas encorvadas de los nativos indios y mestizos se tostaban al sol del trópico y se estremecían al grito del capataz .

Tras eso venía William Walker, el filibustero abogado, médico y militar. Para realizar eso tuvo armas y municiones y barcos y soldados. Y contra eso levantó su voz el presidente Mora. "Gavilla de advenedizos" les dijo, para que los tranquilos costarricenses comprendieran que aquéllas no eran gentes de sanas intenciones. "Escoria" les llamó en sus proclamas. Y aquella voz profética del presidente de los costarricenses guió a los soldados descalzos, atravesando montañas y pantanos y bajo soles ardientes, a Santa Rosa, a Rivas, al San Juan. La sangre de aquellos soldados fue vertida a torrentes para sellar con victoria la lucha contra la esclavitud en América.

Hace un siglo fue otra vez verdad para la historia la fuerza de los pueblos que vencen y crecen cuando están inspirados en una decisión de libertad.

UNIDAD DE TRABAJO

RECORDEMOS A NUESTROS HEROES DEL 56

Por estudiantes de segundo año de la Escuela
de Pedagogía.

(Para desarrollar en los grados superiores)

Se celebra el Centenario de la Guerra del 56 y los niños deben valorar el significado que tuvo este acontecimiento para la libertad de Centro América.

I. Propósitos.

A. Cultivar las siguientes actitudes:

1. Apreciar el valor y patriotismo del pueblo costarricense.
2. Admirar la personalidad y el gesto heroico de los héroes del año 56.
3. Apreciar el medio social y económico de aquella época en relación con la actual y apreciar nuestro progreso.
4. Valorar el significado que tuvo la Campaña Nacional para la vida democrática del país.
5. Despertar el interés por conocer la historia patria.
6. Cultivar actitudes sociales:
 - a) Cooperación y respeto mutuo.
 - b) Responsabilidad.
 - c) Espíritu de tolerancia y cortesía.

7. Cultivar sensibilidad estética.
8. Contribuir al desarrollo de la personalidad del niño despertando confianza en sí mismo y en sus propias capacidades para el trabajo artístico, intelectual y social.

B. Desenvolver las siguientes habilidades:

1. Contribuir a desarrollar capacidad para planear y organizar ideas.
2. Cultivar habilidad para saber usar los libros (investigación, selección).
3. Cultivar habilidad para leer y resumir inteligentemente.
4. Encauzar la habilidad creadora por medio del dibujo, modelado, composición etc.

5. Cultivar habilidad para la correcta expresión oral y escrita.
6. Cultivar la reflexión.
7. Cultivar el espíritu de indagación y experimentación.

C. Lograr las siguientes comprensiones:

1. Importancia que tuvo para Costa Rica, el haber participado en esta guerra:
 - a) Libertad de nuestra Patria y de Centro América.
 - b) Primera reacción contra el imperialismo en América.
 - c) Primera prueba de solidaridad y de acción del pueblo en presencia de un peligro extranjero.
2. Cómo era Costa Rica hace cien años:
 - a) Costumbres.
 - b) Habitación, vestido, armas.
 - c) Comunicación.
 - d) Gobierno.
3. Situación general de Centro América en aquella época.
4. Invasión de William Walker.
5. Reacción de nuestro país ante la invasión.
6. Factores que contribuyeron a despertar el patriotismo.
 - a) El espíritu de libertad de los costarricenses y su apego al suelo patrio.
 - b) El sentimiento religioso de nuestro pueblo, estimulado con las proclamas del Obispo Llorente.
 - c) Las patrióticas proclamas del Presidente Juan Rafael Mora.
7. Principales acontecimientos de esta guerra que ponen de manifiesto el heroísmo de nuestras tropas:
 - a) Batalla de Santa Rosa.
 - b) Batalla de Rivas.
 - c) Quema del Mesón.
 - d) El cólera.
 - e) Estrategia que se usó para la toma de la Vía del Tránsito.
8. La rendición de William Walker el 1º de mayo de 1857.
9. Última invasión de Walker a Centro América por el Estado de Honduras y su fusilamiento.
10. Personajes más importantes de la guerra del 56:
 - a) Juan Rafael Mora.
 - b) General Cañas.
 - c) Juan Santamaría.
 - d) José J. Mora.

11. Medios a que se acude hoy día para evitar la guerra:

- a) O.N.U.
- b) O.E.A.

II. Actividades.

1. Planeamiento de la unidad con los alumnos.
2. Excursión a un monumento o lugar histórico: Monumento Nacional, Juan Santamaría, Juan Rafael Mora; Parque Cañas, Museo Nacional, etcétera.
3. Actos cívicos en la escuela:
 - a) Adorno con banderas.
 - b) Periódicos murales con cuadros alusivos.
 - c) Proclamas de Mora declamadas por los niños.
 - d) Asambleas.
4. Observaciones, investigaciones y discusión sobre los diferentes tópicos de la unidad.
5. Poesías.
6. Canciones alusivas.
7. Presentación de las proclamas (carteles).
8. Lectura inteligente de páginas y trozos alusivos.
9. Copia de bellos trozos patrióticos que contribuyan a la ortografía y la caligrafía.
10. Modelado y pintura.
11. Album con fotografías y recortes de periódico.
12. Realización de proyectos:
 - a) Mapas en relieve y mapas en el suelo mostrando la ruta seguida por los soldados racionales y filibusteros.
 - b) Representación de una escena que caracterice aquella época
 - c) Elaboración de un plato típico: bizcocho, mazamorra, etc.
13. Proyectos objetivos representando distintas escenas.
14. Representación con los niños de algunas escenas de la Guerra del 56.
15. Canciones patrias.
16. Danzas típicas.

III. Evaluación

1. Valorización de los trabajos escritos: tests, cuestionarios, etc.
2. Observar en toda actividad cómo se cumplen los propósitos anotados.

LA GUERRA DEL 56 Y SUS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS

Alumnos del II Año de la
Escuela de Pedagogía

—Datos que debe conocer el maestro cuando se prepare para
desarrollar esta unidad.

1. Situación de Centro América y en especial de Costa Rica y Nicaragua hace cien años.
2. Organización política de Costa Rica y Nicaragua en los años 1854 y 1856.
 - a) Diferencia entre la paz que reinaba en Costa Rica y los disturbios políticos de Nicaragua.
 - b) Juan Rafael Mora, presidente de Costa Rica, su vida, su gobierno, su visión en defensa de la libertad centroamericana.
 - c) Partidos políticos establecidos en Nicaragua al mando de don Fruto Chamorro (liberal) y de don Francisco Castellón (conservador). Sus ambiciones presidenciales.
3. Medios que utilizó don Francisco Castellón para conseguir ayuda extranjera y lograr así su ambición presidencial.
 - a) Convenio con Byron Cole.
 - b) Tratado entre Byron Cole y William Walker.
4. Actuaciones de William Walker a través de sus rasgos biográficos.
 - a) William Walker organiza su expedición e invasión a territorio nicaragüense.
 - b) Rivas y Granada en manos de los filibusteros (octubre de 1855).
5. Actitud asumida por el gobierno de Costa Rica ante los acontecimientos que se suscitaban en Nicaragua y que amenazaban la libertad de los países centroamericanos.

- a) Proclama del 20 de noviembre de 1855.
 - b) Costa Rica en pie de guerra.
 - c) Proclama del 1º de marzo de 1856.
 - d) Decreto del Congreso Constitucional de Costa Rica de 27 de febrero de 1856, que autoriza levantar un ejército y establecer un empréstito.
 - e) Costa Rica declara la guerra a los filibusteros.
6. Medios de que dispuso el presidente don Juan Rafael Mora para llevar a cabo su defensa por la libertad de Costa Rica y Centro América.
- a) Ejército organizado.
 - b) Ejército de voluntarios.
 - c) Personas distinguidas que participaron en esta hazaña: don José Joaquín Mora, don José María Cañas, don Francisco M. Oreamuno, don Joaquín Bernardo Calvo, don Luis Molina, Juan Santamaría, etc.
7. Principales batallas libradas por los costarricenses.
- a) Batalla de Santa Rosa (20 de marzo de 1856).
 - b) Batalla de Sardinal (10 de abril de 1856).
 - c) Batalla de Rivas (11 de abril de 1856).
8. Obstáculos a que hizo frente nuestro ejército.
- a) Deficientes vías de comunicación y transporte.
 - b) Inclemencia del tiempo.
 - c) Armamento inadecuado.
 - d) Escasez de víveres y medicinas.
9. Situación general de los países afectados por la Guerra del 56.
- a) El cólera: su propagación; estragos que ocasionó; medios preventivos utilizados.
 - b) Situación de las familias.
10. Intervención de otros países por medio de sus misiones diplomáticas para poner feliz término a la Guerra del 56.
11. Segunda parte de la Campaña.

- a) Don Nazario Toledo y don Juan José Ulloa logran la intervención de los gobiernos de Guatemala, Honduras y El Salvador en contra de los filibusteros.
- b) Costa Rica interviene nuevamente.
- c) Decreto del 1º de Noviembre de 1856 cuyo objetivo fue tomar la Vía del Tránsito, para evitar que los filibusteros recibieran per-trechos.

12. Nuevo intento de los filibusteros para tomar la Vía del Tránsito.

- a) Intervención del capitán de la Fragata St. Mary, Mr. Davis y ca-pitulación de William Walker el 1º de mayo de 1857.
- b) Fusilamiento de Walker en Puerto Trujillo (12 de setiembre de 1860.)

DON JUANITO

A los niños de Costa Rica

EMMA GAMBOA

Don Juanito fue un niño como vosotros:
contó sus años en los cafetos florecidos
y en las nochebuenas de los portales.
Creció alegre y bueno y llegó a ser
hombre de buen hablar, previsor y magnánimo.
Lo hicieron presidente de Costa Rica
hace más de cien años.
Escuchad esta historia
y prendedla en el pecho como una llamarada.
Cuando una horda extraña intentó esclavizar a Centro América
la voz de Juan Rafael Mora
estremeció los ámbitos
en un clamor sagrado.
"Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos . . .
No vamos a lidiar por un pedazo de tierra;
no por adquirir efímeros poderes,
no por alcanzar misérrimas conquistas,
ni mucho menos por sacrílegos partidos.
No, vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos
de la más inicua tiranía . . .
Paz, justicia y libertad para todos".
Su voz estremecida
penetró el corazón de los hombres
y les encendió en heroísmo la sangre.
Su voz de trompetas
levantó un ejército de soldados invencibles.
Aquellos eran hombres de mansedumbre
que al llamado del padre anunciando el peligro
llenaron su pecho en coraje de fuego.

Su noble voz hizo también un escudo del pecho de las mujeres.
Así dijo: "A la lid, pues, costarricenses.
Yo marcho al frente del ejército nacional.
Yo, que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo,
que me enorgullezco al llamaros mis hijos,
quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.
Vuestras madres, esposas, hermanos e hijos os animan;
sus patrióticas virtudes os harán invencibles.
Nuestra causa es santa. El triunfo es seguro.
Dios nos dará la victoria."
Y un ejército de labriegos se levantó de la noche a la mañana.
Iban con la victoria en el corazón
porque no temían la fatiga ni el hambre ni la muerte.
Oigamos a don Juanito relatando la hazaña:
"En veinte días de campaña,
a través de desiertos cuajados de víboras,
de selvas espesísimas,
de pantanos y de ciénegas,
de ríos caudalosos,
nuestros soldados han marchado a paso
de vencedores, apoderándose de la Trinidad,
Castillo Viejo, fuerte de San Carlos,
de los vapores y otras embarcaciones,
diez cañones, tres obuses, revólveres,
pertrechos de guerra,
y de más de cien enemigos que hemos puesto
en generosa libertad.
Sobre el río de San Juan y el Gran Lago
no iluminan los rayos del sol otra bandera que la nuestra . . .
Todo se ha conquistado sin un solo tiro
sin una gota de sangre,
a fuerza de intrepidez y de sorpresa.
¿Y con qué contábamos?
Troncos apenas escarbados o mal unidos bejucos
han sido nuestra flota
para ir a tomar los vapores y fuertes enemigos:
fusiles enmohecidos que apenas podían dar fuego,
nuestras únicas armas;
escasez de víveres y de todo en el primer momento;
pero había el coraje, la abnegación, el patriotismo,
la unión costarricense,
la resolución de vencer o morir.

Y la Providencia ha bendecido a nuestros soldados
llevándolos de victoria en victoria”.

Aquellos guerreros eran de estirpe heroica.

Juan Santamaría avanza con la tea de libertad
sabiendo que va a caer herido de muerte.

Don Juanito alienta el corazón de los soldados
y conduce una gesta de héroes.

Dos veces logra levantar el ejército.

La segunda, cuando la enfermedad y la pobreza
han azotado al pueblo.

Todas las banderas se levantan sobre el duelo
cuando la patria gime otra vez en peligro.

Y en la hora del triunfo el triunfador perdona a los vencidos.

Oigamos su voz:

“Ya no hay filibusteros en Centro América.

Los centenares que existen, inermes y rendidos,
están bajo el sagrado techo de nuestra protección y clemencia”.

Más tarde don Juanito cae por bala de hermanos
en su propia tierra.

El recibe, sereno, la sentencia.

Pero no ha muerto don Juanito.

El vivirá mientras aliente el espíritu de la libertad.

Padre de hombres libres,

tus hijos escuchan de pie tu voz de trompetas.



Casa Presidencial de Mora, tal como se conserva hoy — 1956



Estatua erigida a la memoria del Benemérito de la Patria,
Juan Rafael Mora, frente al Palacio de Comunicaciones

PRIMERA PROCLAMA

Costarricenses:

La paz, esa paz venturosa que unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada:

Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde hoy están con qué saciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia.

¿Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar írfamente tan bárbara invasión pueden resultaros?

No: vosotros los comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

Alerta, pues, costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, pero preparad vuestras armas.

Yo velo por vosotros; bien convencido de que en el instante del peligro apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional.

Aquí no encontrarán jamás los invasores partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intente seducir la inocencia, fomentar discordias, o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos, verdaderos hermanos, resueltos irrevocablemente a defender la patria como a la santa madre en todo cuanto aman, y a exterminar hasta el último de sus enemigos.

Juan Rafael Mora..

San José, noviembre 20 de 1855.

SEGUNDA PROCLAMA

¡Compatriotas!

A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido a la más oprobiosa esclavitud: marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra; no por adquirir efímeros poderes; no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No. Vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inicua tiranía, vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración, vamos a decirles: "Hermanos de Nicaragua, levantaos!, aniquilad a vuestros opresores. ¡Aquí venimos a pelear a vuestro lado, por vuestra libertad, por vuestra patria! ¡Unión nicaragüenses, unión! Inmolad para siempre vuestros enconos. ¡No más partidos, no más discordias! ¡Paz, justicia y libertad para todos! ¡Guerra a los filibusteros!

A la lid, pues, costarricenses. Yo marcho al frente del ejército nacional. Yo que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanas e hijos os animan. Sus patrióticas virtudes nos harán invencibles. Al pelear por la salvación de nuestros hermanos, combatiremos también por ellas, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada y la independencia hispano-americana.

Todos los leales hijos de Guatemala, El Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa: el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centroamericana.

JUAN RAFAEL MORA.

San José, marzo 1º de 1856.

SANTA ROSA

Por MAXIMO SOTO HALL
(Guatemalteco)

La noche del 17 de marzo llegó a Liberia, el dueño de la hacienda de Sapoá, anunciando que el territorio costarricense había sido invadido por los filibusteros, quienes se hallaban posesionados de su propiedad.

Al saberse tal noticia, el general don José Joaquín Mora dispuso ir al encuentro de los invasores y dio con tal fin las órdenes correspondientes. El general Cañas quedó en Liberia con el grueso del ejército, y en la madrugada del día 18 salió con rumbo al Sapoá el coronel don Lorenzo Salazar, al mando de quinientos infantes y cien lanceros liberianos a las órdenes del mayor don Julián Arias, y del capitán don Juan Estrada.

El 19, a las cinco de la mañana, se pusieron en marcha con igual rumbo el mismo general Mora, el teniente coronel don José María Gutiérrez con cien de los más bravos y valientes, entre los trescientos de la columna con que saliera de la capital. Se llevaban también dos cañones pequeños de montaña.

A eso de las ocho y media de la mañana, dieron con Salazar y los suyos, acampados en una encrucijada del camino. Mora se hallaba impaciente por enfrentarse con el enemigo y su afán era contrario a toda espera. Se dió orden de avanzar a fin de salirles al encuentro. Como hemos dicho el día aquel era el 19 de marzo, festividad del santo patriarca San José, patrono de la capital, y como casi toda la tropa estaba compuesta de josefinos eso dió lugar a que estuviesen muy contentos. Antes de proseguir el camino, el capellán don Manuel Vasco, dirigióles una arenga patriótica y se les tomó juramento de luchar hasta morir antes que tolerar el avance de los de Walker.

Después de una fuerte jornada llegaron, a eso de las cuatro de la tarde, al Pelón, donde se tenía esperanza de encontrar a los filibusteros; más no fue así; el lugar estaba sumergido en su habitual quietud y sin novedad alguna. Temiéndose un asalto, se tomaron importantes disposiciones y se organizó la defensa para caso necesario. Varias comisiones salieron a explorar las cercanías, más ninguna de todas trajo noticias satisfactorias. Por conjeturas se suponía que los enemigos estarían en los llanos del Coyol, donde seguramente iba a tener lugar el encuentro. En tal concepto se dejó el Pelón a las cuatro de la mañana del día 20 y se

continuó la marcha. Las dos piezas de artillería, a pesar de ser pequeñas, constituían una dificultad, y en una pendiente, que fue forzoso subir, las molestias fueron grandes, con todo y los esfuerzos del capitán don Mateo Marín, bajo cuyo mando se hallaban.

Ya picaba el caliente sol del departamento; eran más de las nueve de la mañana, cuando el centinela de la avanzada gritó: ¡el enemigo!, al propio tiempo que disparó su arma. Entonces se vió un filibustero puesto de rodillas, con las manos tendidas en actitud suplicante, a la vez que recitaba en muy mal español, una serie de oraciones con que creía ablandar el corazón del ejército costarricense.

Por él se supo que venían por el camino de Sapoá y que él se había separado de ellos la tarde anterior.

Confiado el general en que no se encontraría muy pronto con los adversarios, ordenó la salida al llano, donde se formaron en línea de batalla, apoyando la retaguardia y flancos en el bosque del cual acababan de salir. La caballería y la artillería quedaban atrás, venciendo lo escarpado de la cuesta, que precedía a la planicie.

Por ninguna parte se veía al enemigo, ni los menores vestigios de él; era preciso avanzar en su busca. En efecto, así se hizo. En el último arroyo que corre antes de las secas llanuras de Santa Rosa, donde no se encuentra una gota de agua, se bebió y juntó toda la que fue posible para llevar en los escasos utensilios que se tenían al efecto. Poco tiempo después se había agotado, y la sed, bajo un sol calcinante y abrasador, era un tormento horrible para los expedicionarios. La esperanza era la única capaz de sostenerlos con alegría y entusiasmo.

De los llanos del Coyol a Santa Rosa, hay una senda extraviada. El teniente coronel Gutiérrez tuvo la idea de examinarla y la suerte de encontrar la huella de los filibusteros. Usaban éstos, en su mayoría, botas con suelas guarnecidas de grandes clavos que dejaban en el suelo marcas inequívocas. Aquellas señales claramente indicaban que los invasores no podían estar lejos. El teniente don Macedonio Esquivel, acompañado de un guía, adelantóse a explorar la hacienda de Santa Rosa, y volvió con la noticia de que en ésta se encontraban los filibusteros.

En efecto, en las casas de Santa Rosa se encontraban el coronel Schlessinger con 250 y los capitanes Thorpe, Creighton, Prange y Legeay que compartían el mando con él.

Salvóse un camino encallejonado y el ejército se halló en el llano que se extiende frente a las casas de Santa Rosa, que rodeadas por fuertes corrales de piedras, yérguense sobre una pequeña elevación, y como replegadas hacia una espesa montaña que tienen atrás. El plan de ataque, medio bosquejado en Liberia, donde se analizaron todas las posi-

siciones que podía ocupar el enemigo, inclusive Santa Rosa, se modificó ligeramente en vista de las circunstancias. Al coronel Salazar se le encargó el ataque de las casas-cuartel por el frente, con doscientos treinta josefinos y cincuenta liberianos. Al teniente coronel Gutiérrez tocábale flanquear a los enemigos, aprovechando la montaña, por el lado izquierdo a fin de cortarles la retirada. La caballería oculta en un bajo, estaba lista para salir al frente de los asaltantes cuando quisieran aprovecharse de la única salida que les quedaba libre. Apenas emitidas las órdenes se llevaron a efecto. El llano hormigueó de gente, los filibusteros que habían visto al teniente Esquivel en su inspección estaban listos para la defensa. De todas partes, como relámpagos, brillaron los fogonazos y resonó el estallido de las armas de fuego. La sed y el cansancio se habían olvidado, sólo se pensaba en la victoria; el ejército costarricense daba gritos de contento: tenía fe. A la segunda descarga perdieron la paciencia los de Salazar. Apenas se había empeñado el combate y ya les parecía que el triunfo se hacía esperar mucho. A todo correr cargaron a la bayoneta sobre los contrarios que, parapetados detrás de los corrales, hacían ciertos disparos sobre los asaltantes. Gutiérrez, a su vez, avanzaba por el ala izquierda y el capitán don Manuel Quirós, en cumplimiento de órdenes, hacía por otra parte lo mismo, con las dos piezas de artillería.

¡Hubo un momento de horrible ansiedad! ¿Iban los valientes patriotas, campesinos y propietarios, ajenos a los rigores de la guerra, a estrellarse contra la disciplina y la organización militar? Todo podía ser. El teniente coronel Gutiérrez al ver avanzar a sus compañeros con bayoneta calada, sobre los corrales, sintió que le dominaba invencible ardor bélico y, no contento con ir a cortar la retirada de los contrarios, quiso tomar parte directa en el asalto y subió a un montecito que se halla detrás de la casa. Esta audacia fue una nueva sorpresa para los filibusteros, que, en el colmo de su atolondramiento, aun dispararon sobre él. A la detonación siguió la caída de Gutiérrez; estaba mortalmente herido. Quirós, al lado de sus piezas también había dejado la vida. La gente de Salazar asaltaba en aquel momento los corrales y el coronel Schesinger, con los suyos, se aprestaba a la huida. En su primer intento las hordas de Walker eran despedazadas en Costa Rica. El país sacudía el yugo a la sola tentativa de ponérselo.

Pocos instantes después del rápido ataque que hemos descrito, sólo se oía uno que otro disparo, hecho sobre los fugitivos, que corrían desbandados, presa de pánico indecible. En la casa de Santa Rosa quedaban muertos muchos de los audaces y temibles filibusteros.

WALKER RECONOCE EL EXITO DE LAS TROPAS COSTARRICENSES EN SANTA ROSA

Por JOAQUIN VARGAS COTO
(Costarricense)

"El 20 de marzo de 1856, 280 americanos u otros que han adoptado la nacionalidad de los Estados Unidos, al mando del coronel Luis Schlessinger, del ejército de Nicaragua, se encontraron en la hacienda de Santa Rosa, a dieciocho millas del Guanacaste, en esta República, con un cuerpo del ejército de Costa Rica, compuesto de 600 a 1.000 hombres y en el espacio de 15 minutos sufrieron una terrible derrota. No se encuentra un hecho semejante en la historia de los ejércitos americanos a no ser el saqueo de la ciudad de Washington. Todas las ventajas de tiempo y de lugar, estaban a nuestro favor; el prestigio del valor del ejército americano estaba en riesgo de un golpe; todo contribuía a ganar la batalla; pero ninguna de estas ventajas, ni todas ellas juntas, nos libraron, de una cruel y vergonzosa derrota. Todos los soldados, así los que estuvieron en el combate, como los que no estuvieron, están de acuerdo con nosotros. Por consiguiente, no podemos injuriar a los verdaderos valientes, dando razón de la batalla de Santa Rosa y comparándola con aquella en que otra vez se han distinguido. La recompensa del soldado consiste en el aprecio de sus acciones meritorias sobre aquellos que han caído tras él, y si no, ¿en qué consiste si en el mismo párrafo se hablase también de los cobardes?" De esta manera se daba cuenta en Nicaragua de la acción de Santa Rosa en el periódico de Walker, "El Nicaragüense" de fecha 14 de abril de 1856. Con ese párrafo se empezaba la crónica del combate a lo largo del cual se ve que Walker y sus hombres no salían del estupor que les causaba aquel desastre. No se fijó el jefe filibustero que al escribir estas líneas y al hacerlas circular entre los filibusteros y los nicaragüenses que les eran adictos, iba a causar en ellos descorazonamiento. Las culpas del resultado de la acción fueron echadas sobre las espaldas de los jefes, empezando por Schlessinger; y la verdad es que, a estas horas, contemplando a la distancia aquella acción, uno se asombra del resultado obtenido en 15 minutos y de lo venturoso de la acción de los costarricenses que, teniéndolo todo en su contra, en menos de 15 minutos habían decidido a su favor el resultado, rebasando todas las posiciones en que el enemigo pudo haberlos mantenido a raya durante horas y al fin rechazarlos con pérdidas crueles. No hay sino que pensar en esto: se trataba de un ejército, el filibustero, que había llegado a las casas de la hacienda de Santa Rosa el día anterior al de la acción, o sea el 19 de marzo; es decir, con tiempo para haberse restablecido y organizar en torno de su posición todos los servicios de vigilancia y centi-

nela. La casa de adobes resultaba una buena posición defensiva en el centro de la zona ocupada y esta casa estaba rodeada de corrales cuyas cercas de piedra eran una magnífica trinchera para las armas de aquellos días; además, las lomas en torno, unas y otras cubiertas de vegetación, eran magníficos lugares para que en ellas cuerpos de tiradores hubieran protegido la clave de la posición central contra los ataques por todos los rumbos en torno. Los costarricenses venían, en cambio, fatigados por una penosa marcha; eran gentes que apenas si hacía diez días estaban bajo los tórridos soles de Guanacaste en marzo; todos procedían, fuera de un poco de caballería y algunos soldados a pie, del interior, del altiplano frío del país. Iban a pie, muertos de sed y cansancio con su impedimenta a la espalda. Sin embargo, sorprendieron al enemigo, que fue avisado de su presencia por los centinelas, pero que no pudo organizarse entre el tiempo del aviso y del ataque. Con un impulso irresistible, cuando los enemigos se dieron cuenta, ya los ticos estaban franqueando los corrales y destruyendo el valor de las cercas de piedra de los mismos. La idea que se propagó tanto de un tiro y a la bayoneta, había producido el efecto de un rayo que dejó al enemigo, muy bragado por meses de campaña en Nicaragua, como petrificado y sin poder desplegarse. Los muertos costarricenses, algunos de ellos más por su propia imprudencia que por la habilidad del enemigo, fueron 20; nuestros heridos llegaron a 32, la mayor parte leves; 20 prisioneros fueron hechos. El hecho de que 22 fueran los muertos del enemigo y 20 los nuestros indica que el enemigo no supo aprovechar su situación en el terreno y que se mantuvo expuesto al fuego de los ticos en la confusión que siguió al ataque violento. Por otra parte, si bien no pudieron nuestros jefes bisoños aprovechar la victoria para perseguir y capturar la fuerza enemiga, el hecho es que la desbandaron totalmente, como nunca lo ha sido un ejército en ninguna ocasión. Schlessinger fue acusado por sus oficiales subalternos de ineptitud: esta acusación tenía completo fundamento por lo que se ha dicho. No es posible que siendo invasor de Costa Rica y estando en Santa Rosa sabedor de que en Liberia se concentrasen las fuerzas enemigas, hubiera pasado desde la noche anterior en dicho lugar sin tener absolutamente asegurada la información acerca de las posibilidades de un ataque y de la probable marcha del ejército enemigo desde la dicha ciudad de Liberia. No se concibe que los costarricenses pudieran llegar en número de quinientos sin haber sido avistados, a mayor distancia que lo fueron, por quienes estaban en una magnífica posición como la de Santa Rosa.



CASA DE SANTA ROSA

BOLETIN DEL EJERCITO.**REPUBLICA DE COSTA RICA.**

CUARTEL GENERAL EN MARCHA.—LIBERIA, MARZO 25 DE 1856.

EXCELENTISIMO SEÑOR PRESIDENTE,
GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO.Cuartel de la Division vanguardia.
Hacienda del "Pelon" 24 de Marzo de 1856.

Tengo el placer de dirigir á V. E. parte detallado de la toma de Santa Rosa.

El Jueves 20 del corriente, con noticia de haber visto á los filibusteros en el llano del *Coyol*, me puse en marcha con la columna que saqué de Liberia.

Mucho nos costó conducir los dos cañoncitos de á tres, por lo quebrado é impracticable del camino.

Temamos un filibustero que procuró engañarnos, guiándonos al enemigo por un lado enteramente opuesto á aquel en que se hallaba; pero descubriendo de él, quise, antes de seguirle, registrar el llano del *Coyol*. Seguimos la marcha, y á corto trecho descubrimos huellas de batas en un camino que conduce á la hacienda de Santa Rosa. Mandé á un Ayudante adelantarse para observar las casas de dicha hacienda, y retornó con la razon de estar allí el enemigo.

Seguimos un callejon orillado de árboles, á cuyos lados se estendian lomas de poca altura, cubiertas de espesa breña.

Al salir del callejon, vimos tendida á nuestros pies la plaza de la hacienda, formada por un valle hondo y limpio, circundado por colinas de poca elevación, pero escarpadas.

Los corrales de la hacienda, cerrados con cercas de piedra, empiezan como á la mitad de la falda de una de las colinas situada al frente del callejon hácia su izquierda, y rodean las casas que ocupan la altura, pero que están domina-

das por la cumbre de la colina, á corta distancia, y cubierta de breña.

Tienen las casas un gran patio tambien cercado: á la derecha, y en la falda de la colina hay una quesera. A continuacion de la altura, ligándola con la inmediata corre una limpia loma, al frente del camino que seguimos. La linea que debia correr mi jente, para llegar á las casas, es precisamente de una milla.

En vista de la posicion, di mis órdenes para el ataque, concebido ya de antes sobre el exacto plano que el Mayor Don Clodomiro Escalante me habia presentado para el caso de tener que batir allí a enemigo.

El Coronel D. Lorenzo Salazar, con doscientos ochenta hombres, debia atacar el frente, la quesera y flanco derecho de la casa: seguianle por este lado (el mas practicable) los dos cañoncitos, dirigidos por el Capitan D. Mateo Marin.

El Capitan D. José M. Gutierrez, con doscientos hombres, debia flanquear la izquierda por fuera de las cereas, y tomar posicion á la espalda de las casas sobre la cumbre de la colina.

El escuadron de caballeria quedó formado en el callejon hasta recibir la orden de cargar al enemigo cuando se le desalojara de sus posiciones.

La tropa de Moracia, en número de doscientos hombres, la formé en batalla en el callejon para cubrir la retirada en caso necesario.

Listo todo mandé desembocar por el callejon á la tropa, formada en columnas. Nuestros soldados, al son de las cornetas, que tocaban á degüello, marcharon á la carrera, acudiendo cada cual al puesto señalado.

EL ESTANDARTE DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, EN SANTA ROSA

Escribe JOSE ANTONIO VALVERDE

El Consejo Universitario, preocupado por cumplir con un deber patrio, aprovechó el interés de un grupo de alumnos cuya profesión futura tiene íntima relación con la historia del país, para que la Universidad fuera representada en el mencionado lugar, facilitando su traslado.

Salimos de San José el lunes 19 de marzo con el fin de disponer del tiempo necesario para observar algunas cosas de particular interés. En la madrugada del día siguiente llegamos a La Cruz, en donde fuimos muy bien atendidos por el resguardo de la localidad. Apenas habíamos tenido tiempo de descansar un poco, cuando la claridad del alba empezó a inundar el aire y a bajar por el flanco de una colina hasta iluminar la Bahía de Salinas, y entonces pudimos observar con verdadero placer, la lisura glauca de sus aguas.

Ya habíamos preguntado a un profesor la razón por la cual la tumba del que fuera un venerable maestro, Marcelino García Flamenco, se encontraba en aquel lugar. Pudimos entonces contemplarla con el respeto, admiración y cariño que merecen ser contempladas las de Bolívar, San Martín o José Martí. Ni siquiera el sol había evaporado el rocío que dormitaba sobre la humildísima lápida, cuando de nuestras mentes voló al cielo, tan ágil como incienso, un pensamiento sublime para el valioso varón extranjero que fue maestro de Costa Rica, que se consideró hermano de nuestros padres o abuelos porque amaba nuestra patria, y que, en un acto final y heroico entregó su vida a la par de muchos costarricenses al pretender restaurar las normas de vida democrática, eclipsadas momentáneamente en tiempo de los Tinoco.

Después del desayuno continuamos el viaje por la Carretera Panamericana buscando la frontera Norte con el deseo de llegar hasta Rivas para recordar la noble hazaña del héroe costarricense Juan Santamaría, en el lugar de su muerte.

Ahí observamos dos placas a él consagradas. Unas horas más tarde decidimos retornar, pues el objetivo principal de nuestro viaje era asistir a la ceremonia pronta a celebrarse en Santa Rosa. A esa ceremonia asistieron los altos representantes del Gobierno de la República, miembros del Cuerpo Diplomático acreditados en el país, altos representantes del clero costarricense y delegaciones de los colegios de Guanacaste, Puntarenas y de la Meseta Central, y muchos otros ciudadanos de los diversos sectores del pueblo costarricense.

La delegación de la Universidad depositó en el monumento que se levanta a la memoria de los héroes del cincuenta y seis, la corona de laurel que simboliza los sentimientos de los universitarios costarricenses. Terminada la ceremonia nos pusimos en marcha para San José, conformes y seguros de haber cumplido con nuestro deber de universitarios y de ciudadanos de un país que reverentemente guarda el culto a los héroes de su libertad.

El viaje fue para nosotros importante y lleno de emociones gratas para el espíritu. La profesión futura de algunos de nosotros nos exige haber tenido experiencias directas con las diferentes regiones del país, así como también el conocimiento real de los lugares en que la historia patria tiene su pedestal. Además pudimos ver la importancia enorme que para el país tiene la Carretera Panamericana, y sentir la hermandad que existe entre los hijos de Centro América, en el trato que recibimos en Rivas de parte de los nicaragüenses.

Agradecemos al Consejo Universitario la oportunidad que nos brindó de vivir esta experiencia cívica, a la vez que le hacemos saber que nuestra bandera universitaria fue mantenida en Santa Rosa con dignidad por los estudiantes universitarios.

UN VIAJE A NICARAGUA EN EL AÑO DEL CENTENARIO

Los segundos años de la Escuela de Pedagogía realizaron una excursión en el mes de abril de 1956 a Nicaragua con el objeto principal de visitar los sitios históricos relacionados con la gesta de hace cien años. En la crónica siguiente se han tomado fragmentos de trabajos escritos por los jóvenes Cecilia Vargas, Alvaro Jinesta, José Antonio Valverde y Oscar Marín.

LA SALIDA

... Llegó por fin el día tan anhelado. Era jueves 26 de abril. Durante la mañana de ese día, corríamos todos apresurados para la Escuela cargados de valijas. Con mucho orden nos acomodamos en los autobuses y partimos cerca de las nueve, dejando un ambiente de soledad en nuestra amada casa de estudios. La emoción que agitaba nuestros corazones desde días atrás, estalló en cantos de alegría que se prolongaron hasta el regreso.

LIBERIA

... Llegamos a Liberia cuando el oro del sol, en la calma vespertino empieza a transformarse en cobre. En la escuela del lugar fue aquella una noche de fiesta. Cuando se dispone de buena salud y de un ambiente tan alegre como el guanacasteco, el ángel del sueño es vencido por el de la alegría, y se van las horas dulcemente volando mientras se danza, se canta, o se escucha la serenata desde la ventana de un balcón.

Amaneció el día viernes. Rondas de chorchas y de cacicones volando de un árbol a otro de papaya en los que, después de picar la fruta amarillenta, saludaban con canciones alegres a los primeros rayos del sol.

Esa mañana salimos hacia la frontera. El paisaje es típico; sabanas interminables y algunos terrenos destruidos por las quemas. Ya cerca de la frontera divisamos la Bahía de Salinas que se nos presentó maravillosa. Vimos el Pacífico como una cinta azul, incrustado en el cielo límpido de una mañana de abril.

UNA TUMBA GLORIOSA

En la población fronteriza de La Cruz, guardamos un momento de silencio ante la tumba de un maestro: Marcelino García Flamenco quien se inmortalizó luchando por la libertad de Costa Rica, su segunda patria.

EL GRAN LAGO

Después de unos minutos de estar en territorio de Nicaragua empezamos a ver garzas, gaviotas y otras aves, y a sentir en la brisa un frescor de aguas cercanas.

Un rato después vimos por entre los árboles una gran extensión de aguas que a nuestros ojos pareció deliciosa. Era el enorme lago de Nicaragua. Divisamos en su centro la isla de Ometepe con sus dos volcanes. Cuando nos encontramos un playón pequeño rogamos a los choferes detener la marcha. Minutos después el lago perla recibía nuestros cuerpos ávidos de frescor y limpieza. Pasaba el tiempo con sorprendente rapidez, mientras felices y olvidados del resto del trayecto, nos zambullíamos en las suaves ondas de agua dulce, o chapoteábamos sobre ellas.

Fuimos llamados a ocupar los autobuses, cuando no sospechábamos que aquella delicia tendría que ser pronto abandonada. Seguimos durante mucho tiempo observando la enorme extensión de aguas, los árboles de sus márgenes y la desembocadura en el lago de los pequeños ríos que daban a la vista una sensación de belleza extraordinaria . . .

RIVAS

Llegamos por fin a Rivas, la ciudad que fue centro de los hechos sangrientos del 11 de abril de 1856. Allí existen todavía las volantas (coches tirados por caballos) que fueron algo nuevo y original para nosotros.

Después de almorzar nos dirigimos al teatro para escuchar una conferencia del historiador costarricense don Rafael Obregón Loria sobre la batalla del 11 de abril. Allí estaba reunido el pueblo de Rivas, cuyos antepasados fueron testigos del valor de los costarricenses hace cien años.

Al llegar al Mesón cantamos emocionados por el patriotismo, las estrofas de los himnos nacionales de Costa Rica y Nicaragua.



Managua

MANAGUA

A las seis de la tarde partimos hacia Managua, pasando por las ciudades de Jinotepe y Diriamba, que ofrecen un paisaje diferente debido a lo quebrado del suelo y a la mayor altura.

Van apareciendo lujosas viviendas que indican que la ciudad capital se acerca. Llegamos a Managua a las diez de la noche. Nos instalamos en el Instituto Ramírez Goyena, una institución de gran prestigio en el país. Muy bello el edificio con amplias salas de trabajo, dormitorios, magnífico comedor, espaciosos corredores, una piscina y cancha de basquet-ball.

Indecible agradecimiento sentimos en aquel momento hacia don Lino González, educador nicaragüense; hacia don Eloy Canales, historiador de aquel país y hacia el sub-Director del Instituto pues ellos unieron esfuerzos y voluntades, para que pudiéramos gozar de un ambiente exquisito en este edificio.

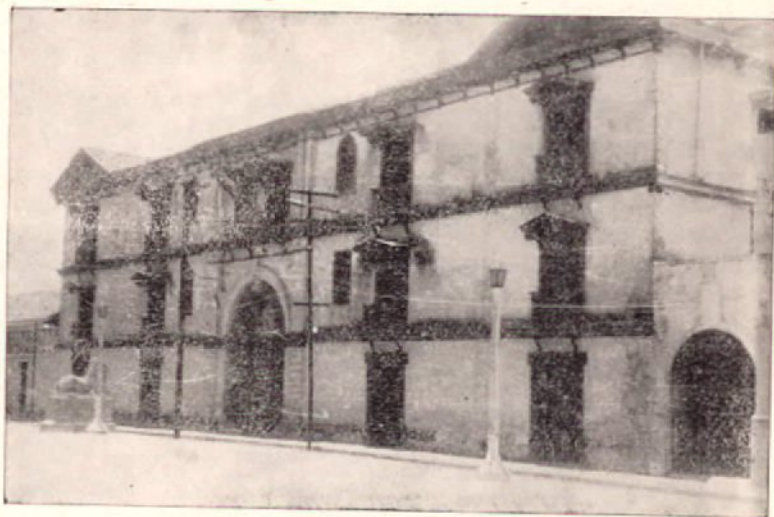
Por la mañana del día siguiente, salimos a conocer la ciudad. Visitamos el Club Social, frente al cual se halla el parque Rubén Darío. Observamos emocionados el monumento que en ese parque se levanta en recuerdo del gran poeta de Nicaragua y de América. En él se representan en relieve algunos de sus poemas más famosos. Bajo la sombra de los árboles, mirábamos complacidos el lago en la lejanía y recibíamos la frescura de su brisa. Recorrimos después algunas de las calles comerciales y regresamos al colegio cargados de bolsas y paquetes. Por la tarde visitamos la laguna de Jiloá, una de las más interesantes por su belleza natural.

LEON

Es una de las ciudades americanas de tipo colonial, y el lugar más interesante que tuvimos oportunidad de conocer en este viaje. Vieja y legendaria, muestra a los ojos del visitante los tres motivos principales de su justo orgullo: su Catedral, la tumba de Darío bajo las naves del gran templo; y su Universidad, el gran centro intelectual de los centroamericanos en el siglo pasado.



Monumento a Rubén Darío



Antigua Universidad de León

Visitamos la Universidad acompañados por personas distinguidas de la sociedad nicaragüense. Después de conocer el edificio en su interior, nos reunimos, con algunos de sus catedráticos en el paraninfo. Allí se hizo memoria de valiosos costarricenses que estudiaron en esa Universidad, y de su importancia en el desarrollo de nuestra cultura. Más tarde estábamos esparcidos por el centro de la ciudad, admirando las casas coloniales de anchas puertas y ventanas, de gruesas y altas paredes, y algunas calles empedradas, cuya construcción debió costar muchos sacrificios. Por la tarde tornamos a Managua donde pasaríamos la última noche de este viaje a territorio extranjero.

Llegamos a San José en la noche del lunes 30 de abril fatigados por la dura travesía, pero plenamente satisfechos de las ricas experiencias que nos proporcionó el viaje a Nicaragua.



Nueva Universidad de León

COMBATE EN SARDINAL 10 DE ABRIL DE 1856

ARMANDO RODRIGUEZ PORRAS
(Costarricense)

Como se recordará, al producirse la declaración de guerra contra los filibusteros, don Juan Rafael Mora expidió un decreto por el cual se ordenaba la leva de mil hombres en la provincia de Alajuela. Esa cuota era obligada por las circunstancias, ya que ni don Juanito era santo de la devoción de los alajuelenses, ni éstos sentían mayor agrado en servirlo. Sin embargo, la guerra del 56 demostró que en esa provincia sus moradores sabían hacer justa diferencia entre lo que eran pleitos de campanario y cuestiones de patriotismo, ya que a la hora de la prueba se olvidaron de aquéllos y se pusieron a disposición de la patria con vidas y haciendas. Fué así como una parte de los enlistados partió con el ejército hacia Nicaragua y la otra, aunque reducida quizás por precaución del Presidente, se dirigió bajo el mando de connotados oficiales alajuelenses a cubrir la región norte de la provincia amenazada por el filibusterismo, que se manejaba a sus anchas por el río San Juan y sus afluentes del lado costarricense.

Don Florentino Alfaro, que políticamente había estado frente a Mora, salió al mando de una pequeña fuerza expedicionaria que trataría de llegar al San Juan bajando por el Sarapiquí. El diez de abril estaba acantonada esta tropa en el estero del Sardinal (un afluente del Sarapiquí) cuando, como a las ocho de la mañana, fue atacada sorpresivamente por un grupo de filibusteros que venían parte por tierra, y parte en seis embarcaciones que remontaban el río. La intención de los atacantes fue hacer un desembarco apoyándose para ello en la tropa que venía por la orilla del río. Estas gentes pertenecían a una guarnición filibustera del punto llamado La Trinidad.

La lucha se entabló de inmediato al responder los costarricenses con un fuego graneado que se prolongó durante una hora. Los invasores fueron totalmente derrotados, viéndose obligados a reembarcar y regresar por donde habían venido, dejando en el campo cuatro muertos, más otros muchos que cayeron al río al hundirse un bote. De parte de los costarricenses hubo un muerto: el cabo 2º Salvador Alvarado; dos desaparecidos: Salvador Sibaja y Joaquín Solís, y ocho heridos, entre los cuales estaba el comandante de la expedición, general don Florentino Alfaro, quien recibió un tiro en el brazo.

Terminada la lucha, don Florentino, acompañado de una escolta, del cirujano y del teniente don Evaristo Fernández, emprendió el regreso, dejando el mando de la fuerza al teniente coronel don Rafael Orozco, quien, con unos ochenta hombres, se vino al Muelle de Sarapiquí para esperar órdenes.

La acción del Sardinal fue entablada más o menos entre fuerzas iguales (unos cien hombres de cada lado) con la ventaja para los filibusteros de la sorpresa y de las mejores armas. En el parte que se conoce de este combate el del oficial Orozco, se lamenta de que el estero del Sardinal les impidiera atacar a los enemigos con el arma blanca, lo que parece hubiera sido de su mayor agrado.

Sardinal fue el preludio de la batalla de Rivas y tiene gran importancia, pues demostró a los filibusteros que Costa Rica estaba lista para defenderse a todo lo largo de sus fronteras y, más aún, a atacar los puntos vitales del sistema de comunicaciones de los norteamericanos en Nicaragua. También para don Juanito y sus tropas en Rivas, fue una enorme ayuda, pues, después de Sardinal se llegó al convencimiento de que se podían conservar en Nicaragua todas las fuerzas allá llevadas, y aun trasladar las que permanecían en Liberia para caso de una emergencia en el interior de la República, sin debilitar la defensa nacional.

El país respondía en todas partes al llamado del patriotismo.



MONUMENTO A JUAN SANTAMARIA

"EL ERIZO"

Heroé del 11 de abril de 1856.

BREVE RELATO DE LA BATALLA DE RIVAS DEL 11 DE ABRIL DE 1856

Por RAFAEL OBREGON LORIA
(Costarricense)

La ciudad de Rivas había sido ocupada el 8 de abril por el ejército costarricense, que ascendía en ese momento a unos 1500 hombres.

En una casa bastante amplia y a dos cuadras al Oeste de la plaza se instaló el cuartel general donde se hallaba don Juan Rafael Mora, Presidente de Costa Rica, acompañado de su Estado Mayor; el ejército se dividió en grupos, instalándose en distintas casas de la población.

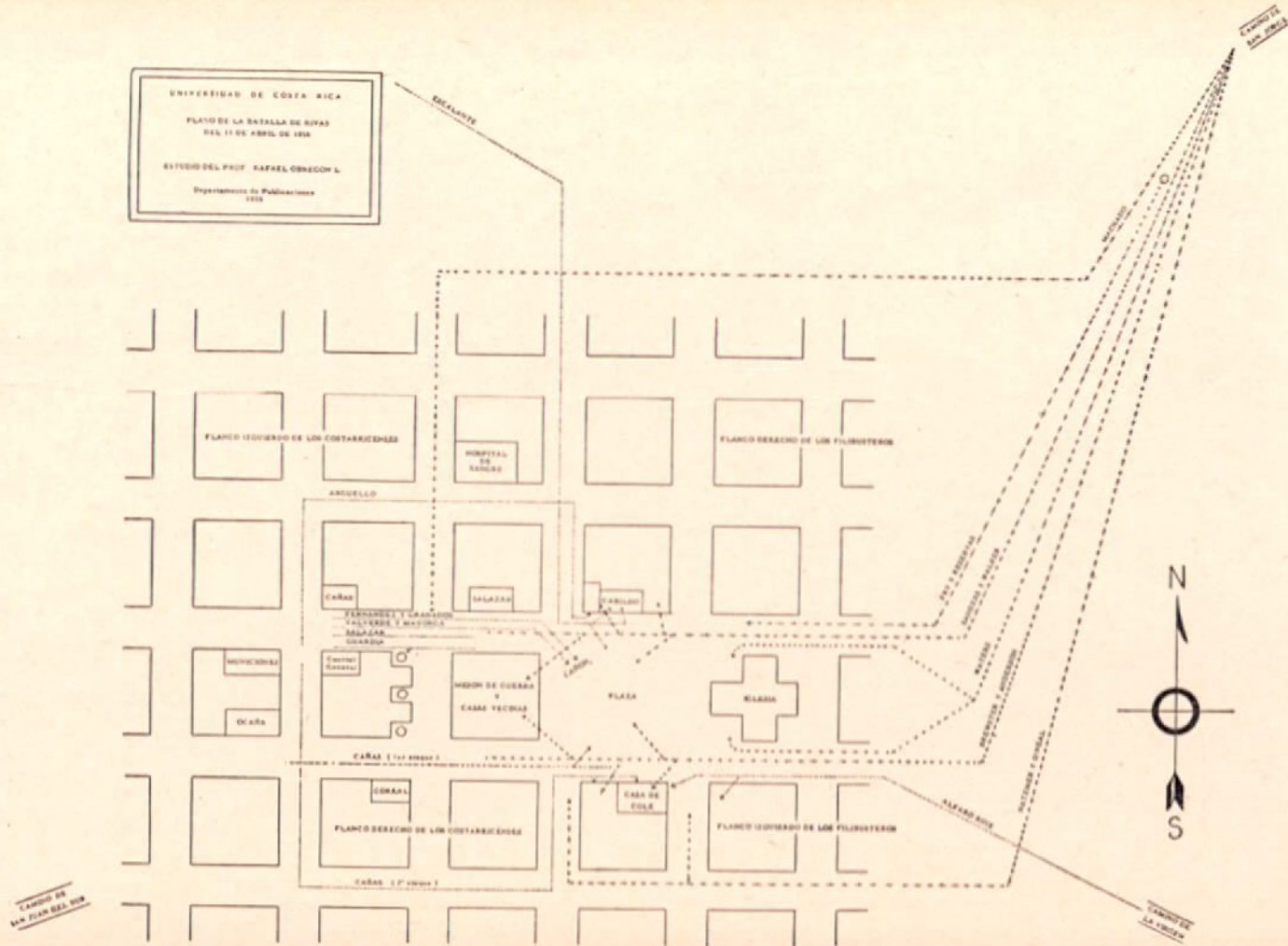
Habiéndose enterado Walker de que los costarricenses estaban en Rivas, dispuso, venir a atacarlos por sorpresa, y para ello salió por tierra desde Granada acompañado de 550 soldados americanos, a los cuales se agregó luego una fuerza de 200 nicaragüenses.

El 11 de abril en la mañana, el Presidente Mora tuvo noticia de que filibusteros se aproximaban, y entonces dispuso que el batallón Santa Rosa, al mando del mayor Clodomiro Escalante, saliese a explorar el camino que iba para Granada, suponiendo que por allí venía el enemigo; este batallón, constituido por 400 hombres, salió de Rivas poco antes de las ocho.

Pero resulta que Walker había abandonado ese camino, y dando un rodeo, se aproximaba a Rivas por el camino de San Jorge. Serían las ocho de la mañana cuando los filibusteros entraron en Rivas, dirigiéndose rápidamente hacia el centro de la población, ocupando la plaza y calles vecinas, lo mismo que la iglesia, y avanzando luego en dirección al cuartel general costarricense con el propósito de capturar al Presidente Mora y a los jefes militares que se hallaban con él.

Todo esto fue hecho con gran rapidez, pero el coronel Lorenzo Salazar, sobreponiéndose a la sorpresa, se situó con un grupo de valientes soldados en la marcha de los filibusteros, iniciándose así aquel combate sangriento.

Momentos después, hizo su aparición en la esquina Noroeste de la plaza el batallón Santa Rosa que regresaba velozmente y atacó con violencia a los filibusteros mientras que, al mismo tiempo, el general José María Cañas, con otra fuerza apareció por la esquina Suroeste de



"LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA CELEBRA EL CENTENARIO DE LA GUERRA CONTRA LOS FILIPINOS"

1000-0000

la plaza, atacando también vigorosamente al enemigo. Estos fueron momentos de los más sangrientos del combate; los filibusteros se vieron obligados a introducirse en las casas que rodeaban la plaza, y principalmente en un sólido edificio situado al Oeste de la misma y conocido con el nombre de Mesón de Guerra.

Desde la iglesia y desde las casas en que estaban guarecidos, los filibusteros disparaban por las puertas, ventanas y huecos hechos a través de las paredes de adobes, ocasionando gran daño a los costarricenses. Los nuestros trataron de sacar a los filibusteros de los lugares donde se habían metido, pero no pudieron conseguir su objeto, y eso nos costó muchos muertos y heridos, como también las tentativas infructuosas para rescatar un pequeño cañón que el enemigo nos había arrebatado y el cual tenía colocado en una esquina de la plaza. Así transcurrieron varias horas sin que el combate perdiera su vigor, siendo la lucha todo el tiempo sumamente encarnizada y sangrienta.

El sitio de donde el enemigo ocasionaba más daño a los costarricenses era sin duda el Mesón de Guerra. Por ese motivo, después de haber fracasado varias tentativas para tomarlo, se dispuso en la tarde prenderle fuego.

Logró realizar ese heroico acto Juan Santamaría, un humilde soldado de Alajuela.

Como a las cuatro de la tarde llegaron a Rivas las tropas que estaban en La Virgen al mando del coronel Juan Alfaro Ruiz, e inmediatamente tomaron parte en el combate, distinguiéndose mucho.

Cuando la noche comenzó, la lucha fue perdiendo la intensidad que la había caracterizado.

Como los filibusteros se mantenían todavía en las mismas posiciones, nuestras tropas planearon para el día siguiente un formidable ataque.

Pero en las horas de la madrugada, y amparándose a la oscuridad, William Walker y sus hombres huyeron apresuradamente sin que los nuestros se dieran cuenta de esa fuga sino hasta las seis de la mañana del día siguiente, cuando ocuparon la iglesia y las casas vecinas de la plaza.

La batalla de Rivas, sin duda alguna, constituyó una brillante victoria para el ejército costarricense, pero esa victoria había costado mucha sangre, pues allí murieron 500 de nuestros soldados, y 300 quedaron heridos. Los filibusteros perdieron entre 200 y 250 hombres.

Desgraciadamente los costarricenses no pudieron aprovecharse de ese gran triunfo militar, porque pocos días después apareció la terrible peste del cólera y nuestro ejército se vió obligado a regresar. El cólera se propagó por las distintas poblaciones del país y diez mil personas murieron a consecuencia de esa epidemia.

11 DE ABRIL DE 1856 ASALTO A LA CIUDAD DE RIVAS

EUCLIDES CHACON M.
(Costarricense)



Parroquia de Rivas

11 DE ABRIL.—Asalto a la ciudad de Rivas por las fuerzas de Walker. Cientos de costarricenses quedaron tendidos en el campo, confundida su sangre con la de los filibusteros caídos. La defensa de Rivas por el ejército expedicionario de Costa Rica, constituye uno de los hechos más importantes y gloriosos de toda la campaña, puesto que asestó golpe certero al poder de Walker, cuya fama de invencible habíase eclipsado un poco desde la derrota en Santa Rosa. Fue una victoria cara, en la cual abundaron lances de verdadero heroísmo y los valientes cayeron por millares. "El espectáculo que presentaban las calles de Rivas el 12 de abril de 1856 era aterrador. Por todas partes había montones de cadáveres. Los heridos eran cosa de trescientos, y los muertos más todavía. En verdad, la alegría del triunfo no compensaba la pérdida de tantos valientes y abnegados hijos de Costa Rica".

(General Víctor Guardia).

Jerónimo Pérez refiere así los hechos: "... Por unas mujeres del pueblo que encontró, supo Walker que los costarricenses estaban en completa calma, y apresuró la marcha porque vió que había alcanzado su pro-

pósito: **una sorpresa.** Los yanquis no fueron vistos sino hasta que penetraron en la población. El teniente coronel Sanders con 4 compañías entró por el norte. El mayor Brewster, con tres, por el sur. El coronel Bruno Natmer con el mayor O'Neil pasaron por el extremo izquierdo de la ciudad. Un cubano apellidado Machado, con tropas nativas, apoyaba a Sanders, y el coronel Fly quedó con la reserva. Así fue que, mediante una sorpresa tan completa, pudieron ocupar muchos edificios de la plaza, especialmente la iglesia, aun tomaron una pieza de artillería que los costarricenses tenían en una de las calles. El combate se trabó de una manera horrible y desventajosa para los de Costa Rica, porque se lanzaban a pecho descubierto a desalojar a los contrarios de las casas que ocupaban, desde cuyos techos hacían estrago en aquéllos. Pero tanto heroísmo era inútil, porque los generales estaban encerrados en una casa y de allí dictaban órdenes que no podían por lo mismo ser acertadas. Se cuenta que un centinela puesto momentos antes de comenzar el ataque, y que no pudo ser relevado después, porque quedó cortado por los fuegos enemigos, permaneció en su puesto todo el tiempo que duró la batalla, con el mayor peligro de la vida y se retiró hasta que recibió la orden correspondiente. El primer impulso de los soldados walkeristas era terrible: de allí iban debilitando gradualmente su esfuerzo. Así fue que el 11 de abril adquirieron del momento ventajosas posiciones y a continuación no pudieron tomar otras, limitándose a defender las ya ocupadas. En los momentos primeros vió Mora tan apurada la acción, que mandó replegar la tropa que dejó en la Virgen, bajo el mando del coronel Juan Alfaro Ruiz, que habiendo llegado de refresco hicieron una carga nutrida, que contribuyó a desalentar a los americanos, en términos que por la tarde del mismo día 11, ya no intentaban avanzar terreno. Los costarricenses se empeñaron entonces en desalojar a los filibusteros de un gran edificio situado en la línea occidental de la plaza. Este edificio era el mesón de Guerra, llamado así por el apellido de su dueño. Walker se convenció luego que no le quedaba otra cosa que hacer, más que una retirada y empezó a dar las órdenes en cuanto entró la noche".

De la narración que de lo acaecido en Rivas hace el general don Víctor Guardia, extractamos: "El 10 de abril en la tarde acampamos a una jornada corta de esta ciudad (Rivas). Estábamos preparando el rancho cuando recibió Cañas un correo del cuartel con la orden urgente de aprestar su llegada, porque se temía un ataque de Walker de un momento a otro. En el acto se puso el batallón en marcha sin comer y a las nueve de la noche, entramos en Rivas. En una casa situada frente a la que ocupaba el presidente Mora y el estado mayor general, fuimos alojados los ayudantes de Cañas. Rendidos de cansancio nos metimos inmediatamente en la cama sin pasar bocado. A la mañana siguiente, después de bañarme y ponerme un uniforme limpio, me dispuse a salir en busca de una taza de café que me pedía el cuerpo con urgencia. En el momento en que asomé a la calle, vi que llegaba un hombre a todo correr a la casa del frente que, como he dicho ya, era la que ocupaba el estado mayor general. Después supe que este hombre era un riviense,

que si mi memoria no me es infiel, se llamaba Padilla. Comprendiendo que algo sucedía, me acerqué a las gradas de la casa del frente. Oí entonces que aquel hombre decía con voz alterada que hallándose en el solar de su casa había visto a los filibusteros en las Cuatro Esquinas. Uno de los oficiales presentes, don Luciano Peralta, le contestó con zumba, que de seguro su mujer debía hallarse de parto cuando estaba tan asustado. Corrido y mohino el hombre por esta respuesta intempestiva dió la vuelta y bajó las gradas; pero en aquel mismo instante exclamó señalando hacia el este: "No me quieren creer; ¡Véanlos, ahí vienen!" Varios jefes y oficiales salieron a la puerta y todos pudieron divisar en dirección de la iglesia y como a unas cuatrocientas varas de distancia, una tropa que entraba en columna cerrada y a paso de carga. ¡El enemigo nos había sorprendido!

"Hubo entonces en el cuartel general la confusión inevitable en estos casos. El general Cañas llegó pocos momentos después a caballo a pedir órdenes; yo le pregunté que si debía seguirlo y él me mandó que le aguardase allí. Un capitán Marín, artillero, conocido con el apodo de Burro Marín, recibió la orden de contener al enemigo con un cañoncito de cuatro libras que estaba cerca. La casa ocupada por el presidente Mora se hallaba en una esquina, a doscientas varas al oeste de la plaza. Marín, acompañado de unos pocos hombres, avanzó hasta llegar a corta distancia de la plaza; pero ya los filibusteros eran dueños de ésta, del mesón de Guerra y del Cabildo. Casi todos los artilleros fueron muertos, el mismo Marín herido, y el cañoncito cayó en poder de los yanquis; pero este movimiento contuvo su avance y salvó al estado mayor general que pudo haber sido hecho prisionero si el enemigo hubiera avanzado hasta la siguiente esquina... El sargento mayor don Juan Francisco Corrales estaba acuartelado con su batallón, compuesto casi todo con gente de Alajuela, en una casa situada diagonalmente con la esquina sudoeste del mesón. La entrada de los filibusteros lo sorprendió a medio vestir, y tomando su espada se echó a la calle con un pantalón blanco y en mangas de camisa. Estuvo peleando allí largo rato a pecho descubierto con admirable arrojo y perdió mucha gente en su empeño de desalojar al enemigo del mesón. Más tarde atravesó la calle y vino al fortín por dentro de los solares a preguntarme si le podía dar algunos hombres. Le contesté que era imposible porque tenía muy pocos, pero le indiqué una puerta entre dos solares, por donde podía llegar al cuartel general. Al cabo de una hora aproximadamente lo vi volver con unos veinte soldados por la mitad del solar. Le grité de lo alto del fortín, que se guareciera del fuego que hacían desde el tejado del mesón, pero en ese mismo instante cayó. Un sargento salvadoreño llamado Cipriano que lo acompañaba, se precipitó a auxiliarlo, preguntándole dónde estaba herido. "Me han matado — le contestó Corrales — pero no importa, porque muero con honra"... Más tarde presencié el acto heroico de Juan Santamaría. Lo vi desprenderse del cuartel de Corrales con una tea, atravesar la calle y aplicarla al alero de la esquina sudoeste del mesón. Regresó sano y salvo. A poco lo vi salir de nuevo y hacer lo mismo; pero esta vez al retirarse, cayó

hacia media calle. Yo conocía a Juan Santamaría como a mis manos. Siendo niño viví largo tiempo en Alajuela. Santamaría era tambor en el cuartel y ya desde entonces se le daba el mote de "El Erizo", Cien veces me bañé con él y otros granujas en los ríos que corren en las cercanías de aquella ciudad. Su acción heroica la presenciábamos muchos y no sé como ha podido decir el doctor Montúfar en su libro **Walker en Centro América**, que puede asegurarse que en los días posteriores a la acción de Rivas no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes". Fue todo lo contrario. Tanto en los días inmediatos a la batalla, como en la retirada del ejército, el nombre del héroe alajuelense estaba en todas las bocas. Esto yo lo afirmo y certifico, y me hago la ilusión de creer que alguna fe merece la palabra de un viejo militar de setenta y ocho años, que ama la verdad por encima de todas las cosas...

"La terrible epidemia del cólera que estalló en Rivas a fines de abril vino a destruir el fruto de nuestra victoria, obligándonos a emprender la retirada. En ausencia de los generales Mora, don José María Cañas tomó el mando del ejército y nunca como entonces mostró este jefe su grandeza de alma y la bondad de su corazón. Todos lo adorábamos y con justicia, porque fue un verdadero padre de los soldados en aquellos días aciagos. Tarea muy larga y muy triste sería la de referir los horrores de la epidemia y los sufrimientos del ejército. Muy pocos se libraron de la peste. A mí me atacó en el Ostional. Durmiendo estaba en una hamaca cuando sentí los primeros síntomas; por suerte, a mi lado reposaba el doctor Fermín Meza, único médico que nos había quedado. Lo desperté y acudí a su ciencia. "Si el ataque es agudo — me dijo el buen don Fermín — sólo Dios te puede salvar; si es benigno, tómate esto, que te lo convertirá en disentería". Me hizo beber entonces la mitad del contenido en un frasquito, advirtiéndome que la dosis restante la guardaba para él. El resultado fue tal como me lo pronosticó, y en Liberia un médico francés filibustero, llamado Lavallée, me curó la disentería y salvó a mi hermano Faustino del cólera".

De una carta del mismo general Guardia, que publicó **El País**, de fecha 7 de mayor de 1901, elegimos un párrafo: "Este es, pues, el momento oportuno para declarar bajo mi palabra que Juan Santamaría, humilde hijo de Alajuela, a quien conocí antes de la campaña, en esa ciudad, fue el que realizó la hazaña del mesón en Rivas. Yo me hallaba con un piquete de soldados en un fortín que habíamos ocupado unas horas antes, al precio de crueles sacrificios de vidas. Ahora bien, yo vi del alto del fortín, como a la distancia de cien varas, salir a Juan Santamaría de este último punto, encaminarse al mesón a ejecutar el incendio, regresar tan pronto como creyó realizado su intento, y volver por segunda vez con la misma dirección bajo un tiroteo nutrido, por haberse apagado el fuego. Fue entonces que halló la muerte y que quedó su cuerpo sepultado entre escombros y los montones de cadáveres".

Don Víctor Cuadra, militar nicaragüense, testigo presencial de la batalla de Rivas, puesto que sirvió entonces como ayudante del general don José María Cañas, refiere, en lo conducente, lo que sigue: "después de muchos combates infructuosos para los legitimistas, el general Mora dispuso dar orden al general Cañas para que éste dispusiera el plan de ataque al mesón, la mejor fortificación del ejército de Walker. El general Cañas pensó que el único medio de conseguir el triunfo era el incendio del mesón, y dispuso buscar un soldado del retén más inmediato a aquel edificio para que ejecutara la operación que él había proyectado. Con este fin se dirigió como a las doce de uno de los días del mes y año citado, a un cuartel que, al mando del mayor Monterrosa, ocupaba el interior de una casa de la familia Hurtado, y frente a la columna de soldados de que se componía aquella guarnición, dijo estas palabras: "Soldados: para conseguir la victoria es preciso incendiar el mesón, y esto no se consigue sin que alguno de vosotros sacrifique su vida; si hay, pues, alguno de vosotros resuelto a morir en defensa de su causa, que de un paso al frente". No había acabado el General de pronunciar la última palabra cuando un soldado, al parecer de veinticinco años de edad, de color moreno y de mediana estatura, cuadrándose frente a su jefe, dijo: "Yo, General, desempeñaré esa comisión". Aquel soldado que daba prueba de su alto patriotismo, respondía al nombre de Juan Santamaría, natural de Alajuela (Costa Rica), muy conocido y apreciado por la mayor parte de sus compañeros de armas. Hizo aquel soldado, en voz baja, una ligera confesión a su jefe y tomando en la mano diestra un grueso mechón de pabilo, empapado de alcohol y encendido, se evadió por una pequeña abertura hecha de antemano en una de las paredes de la casa en que se encontraba el retén; al mando del mayor Monterrosa, cruzó la calle que mediaba entre la casa y el mesón, y aplicó el mechón al techo del edificio. Cuando el fuego cundía en una cuarta parte del mesón, nuestro ejército se ocupaba de perseguir al enemigo que, despavorido, abandonaba la ciudad y entonces tuve ocasión de mirar, a la luz del fuego que destruyó el edificio, al valiente Santamaría, que murió al pie de unas paredes, incendiadas, con varios balazos en el pecho. (Acoyapa, 7 de abril de 1906)".



Calle del costado oeste del Mesón, donde se desarrolló la más efectiva acción del combate del 11 de abril de 1856.

ROMANCE DE JUAN SANTAMARIA

CARLOS LUIS SAENZ ELIZONDO

Tamborcillo alajuelense
a quien Erizo llamaban,
se fue a la guerra, se fue
a combatir por la Patria.
En la casita sencilla,
¡cómo su madre lloraba!
porque era Santamaría
bordoncito de la anciana.
Once de abril. Allá en Rivas,
en tierra de Nicaragua,
pelean los costarricenses
bajo un sol de claras llamas.
Y más que el sol de ese abril
fue el resplandor de la hazaña
que en la tea del Tamborcillo
el patriotismo levanta.
Ya huyen los bucaneros:
¡ya se ha salvado la patria!
¡Ya agoniza el tamborcillo
pensando en su madre anciana!

JUAN SANTAMARIA

JOSE B. ACUÑA

¿Qué fuerza sacudió tu pecho aldeano?
¿Qué voz habló por tu sencilla boca?
¿Qué serafín te tuvo el brazo firme
y alimentó la llama de tu tea?
¿Fue el genio de la raza que moría
o el ángel de la nueva que triunfaba?
Nadie podrá saberlo... ni tú mismo...
aunque tal vez el alma lo adivina...
Fuiste como la enredadera en la montaña
que trepa por el árbol milenario
sin saber el impulso que la lleva
a dejar la tiniebla por la lumbre.
Así brotaste tú de nuestra sombra,
de la anónima sombra de la historia,
incendiaste un mesón, y retornaste
al nocturno rincón de los recuerdos.
Así viviste tú, fuente callada
que mana por la peña, como un hilo
de eternidad sin nombre, hacia un pasado
que no tuvo conciencia de sí mismo.
Así tú realizaste el acto heroico,
la sencilla proeza intrascendente
para ti en el momento que la hiciste
y fecunda después para los otros.

La ejecutaste tú porque en ti había
la savia de una patria que apuntaba
sus retoños preñados de promesas
en una anunciación americana.
No fue la sangre indómita de Cides
ardiente aún en el guerrero hispano
que conquistó los mares y las tierras
para que fueran cunas de otros pueblos.
No fue tampoco el varonil arrojo
del jefe indio al defender sus cóndores
contra el ataque del león ibero.
Yo siento en mí que fue la sangre nueva,
el vino nuevo en los antiguos odres
que fermentaba un porvenir entonces.
No, no eres tú el que pintó la historia
con nueva pincelada de heroísmo,
fue todo un pueblo en ti, todo un futuro
que, a pesar de ti mismo, te impelía
a realizar el hado inexorable,
el horóscopo nuevo de esta patria.
Por eso fuiste tú, sencillo y noble,
como el profeta que clamó en desierto
para poner derechos los senderos
y bautizar el nombre del futuro.
Por eso fuiste Juan, nunciando el día
y la ablución en el Jordán de olvido,
que abre una puerta de alborada al mundo
cerrando el portalón de lo pasado.
Tú no eres Juan Santamaría;
tú eres la llama de una nueva aurora
y en tu rusticidad sentimos todos
la levadura de que estamos hechos.

BRONCE AL SOLDADO JUAN

Por RUBEN DARIO

Bronce al soldado Juan! Música, himnos al Mestizo! Pompas y gloria al "gallego"! Costa Rica celebra al pueblo en el soldado, y al heroísmo en el ciudadano humilde, que murió valiente, en trance raro y épico, digno del canto de un Homero indígena, con su antorcha en la mano! Bronce al soldado Juan! para que vea el costarricense de mañana en su civilización creciente y brilladora cómo eran los que iban arma al hombro, al son del clarín de las viejas campañas, mandados por capitanes que hoy tienen la cabeza, fogueada antaño, llena de canas. Buenos tiempos viejos, caros a nuestros padres! Entonces fue cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como a una fiera invasora; entonces era cuando cantaban en los campamentos los soldados bravos, canciones patrióticas al son de la guitarra que iba sobre el morral del sargento o la chamarra del cabo, para alentar y alegrar con sus cuerdas, en las noches del vivac, a los que luchaban por la patria y la libertad.

Eran los atrevidos combatientes de la guerra nacional; era el momento histórico en que Costa Rica fue el país salvador de sus hermanos de Centro América. Y en una noche, en un instante, de entre los hijos del pueblo, brota una hermosa encarnación del heroísmo, admirablemente a propósito para ser eternizada en una estatua por un escultor fogoso y fuerte, por un artista magistral.

Juan Santamaría...? He oído discutir su acción...; que no es de Alajuela sino de Barba...; que era feo, con el pelo erizado, que era un hombre vulgar...; truenos de Dios! Si no hubiera existido sería un sagrado símbolo para la noble patria costarricense! Del estúpido Eróstrato se sabe que existiese, incendiario brutal y desatentado, después de tantos siglos que pasaron sobre su memoria. Ayer no más realizó su triunfo Santamaría y ya habría que discutir su existencia?

Nazca en Barba o en Alajuela, o en San José, lo que brilla es su frente de héroe, ya resplandeciente en una lírica y espléndida apoteosis. La pobre madrecita, hija del pueblo como él, y a quien se le dió pensión

escasa aunque aliviadora, diría cómo era su hijo Juan Santamaría, "el gallego", "El Erizo", el pobrecillo que tiene ahora pedestal de granito para su estatua y una gloria de luz inmortal para su nombre.

Se ha comparado a Juan Santamaría con Ricaurte. Ambos son de sangre heroica, y en la sublime democracia de la gloria, pasan juntos bajo el mismo arco de palmas, ceñidos con los mismos laureles, el capitán gallardo que voló el polvorín y el soldadito atrevido que prendió fuego al mesón.

Cuando llegaron a Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de abril del año 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, el eco augusto de su bocina de oro. Ibase a arrojar del suelo de Centro América al bizarro aventurero y sus cazadores yankees; íbase a combatir con ellos y con los nicaragüenses que se unían a los invasores de Guillermo Walker. Así era la campaña nobilísima! Así caminaban los batallones costarricenses, a ayudar al hermano a echar de su casa al filibustero.

La bandera de Costa Rica flamea en una luz de triunfo, en el día que se inaugura la estatua del héroe popular. Quiera Dios que en determinados tiempos y en distintos lugares surjan del pueblo figuras grandiosas, dignas del canto de los bardos y de los monumentos inmortales. Salen de entre los proletarios, del campo o de la montaña, Ya es Tell, el cazador de la Suiza, cuyo enorme perfil se pierde entre las vagas nieblas de la leyenda; ya es Aldea, el sargento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro de bronce, que saludarán con respeto y admiración los buenos, las generaciones venideras. Estos son los grandes, los que no mueren en la memoria de las naciones; estos son los que se cantan en los romanceros, y en las epopeyas, los que lucen con mayor aureola en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de enseñanza, y forman en el cielo de la patria, resplandecientes y supremas constelaciones.

Bronce al soldado Juan! Música e himnos al Mestizo! Gloria al que se sacrificó por la libertad bajo el triunfante pabellón de su tierra! Apoteosis al hombre mínimo, cantado la primera vez por la palabra himnica y fogosa de Alvaro Contreras, celebrado por los versos de los poetas nacionales, eternizado en el metal de la inmortalidad por el cincel de artífice europeo, y cuyo nombre y recuerdo vivirá por siempre en el corazón de todos los costarricenses.

(El Heraldo, 15 de Setiembre de 1891)

EL HEROE

Fragmento

Por ELIAS LEIVA.

Ahí tenemos al héroe. Está sobre su pedestal de granito, in-conmovible ante todas las acechanzas de los falsarios y como diciendo a todos los costarricenses:

Yo soy Juan Santamaría, el hijo de Manuela Gallego, el que se crió al lado vuestro, retozando de niño y a la sombra de los mangos o entre los cercados de punzante piñuela de su ciudad natal.

Yo soy el Erizo, el tamborcillo que en sus mocedades alborotó el cuartel distraiendo a sus camaradas con la zumba de su genio alegre. Yo soy el soldado Juan, que con su hazaña libertó a Costa Rica de la esclavitud ominosa a que parecía condenarla el aventurero audaz. Yo soy Juan Pueblo porque encarno a la nación entera con todos sus atributos, porque sin los gestos del demagogo, fundé una democracia.

Yo soy el bronce inmortal, y con mi tea estoy alumbrando a los costarricenses el camino del deber. Yo soy el genio tutelar de Costa Rica, que conmigo está cumpliendo su destino histórico. Yo soy el centinela avanzado que cuida el solar de la Patria.

Eso está diciendo el héroe desde su pedestal de granito.
¡Llor al soldado Juan!

JUAN SANTAMARIA

Por RICARDO JIMENEZ.

La página del tiempo embellece cada día más la estatua de Juan Santamaría y eso mismo acontece con la memoria del héroe. Cuando el Gobierno de Mora tomó la trascendental decisión de ir a la guerra, no faltaban aquí voces discordantes, y aun durante la guerra, propaganda derrotista.

Pero con el tiempo aquellas voces se han sumergido en el olvido, y en cambio se han levantado y pasan reverentes las multitudes ante ellas, las estatuas de don Juanito y del Erizo. Juan Santamaría es el símbolo del libertador del territorio, como lo es en Francia, Juana de Arco; y así como en Francia monárquicos, imperialistas y republicanos se unen en el culto de la heroína, así también nosotros, sin tener en cuenta diferencias políticas rendimos culto a la memoria del épico corneta, que encarna la decisión inquebrantable de los costarricenses de mantener la independencia del grupo y el señorío de sus propios destinos.

Es grato pensar que en nuestras escuelas, el episodio del incendio del Mesón de Guerra sea la primera visión del patriotismo que impresione la imaginación de los niños. Podrán ignorar a veces quiénes fueron sus propios abuelos, pero todos saben quién fue Santamaría y por ahí aprenden que quien por su devoción a la Patria pierde la vida, en una noble empresa nacional, gana para su nombre memoria imperecedera. Mora, el patricio y el caudillo y Juan Santamaría, el cornetilla y el mártir, representan, en aquel trance memorable en que quedó asentada, como en una roca, la soberanía de la nación. El tiempo no habrá de corroer sus estatuas; y el tiempo, tampoco habrá de quitar a sus vidas el imán de su grandeza.

EL ASNO DEL SAPOA DE LA PRIMERA COMPAÑIA

Pocos días ha que en la calle del Palacio se halló muerto, de una estocada, el animal favorito de los valientes soldados del 11 de abril de 1856. No era más que un pobre asno, pero tenía para Costa Rica más méritos adquiridos que algunos prohombres. En su corta existencia se mostró digno de la pura sangre árabe que sus antecesores le legaron. Nacido en Nicaragua de dos honrados burros, pasó su edad primera corcobeando, corriendo en el florido suelo de aquella privilegiada región, hasta que un despiadado filibustero, afiliándose en las famosas columnas que bajo el mando de Schlessinger destinó William Walker a conquistar a Costa Rica, lo separó de sus campos favoritos. Nuestro pollino (que nada tenía de lerdo) oliendo lo que a sus compañeros de armas aguardaba en Santa Rosa, tuvo por conveniente desertarse en Sapoá, y dejando partir a los filibusteros en busca de su fatal destino, se quedó pastando la tierna jugosa yerba en las fértiles orillas del cercano río. Allí le hallaron nuestras tropas cuando, después de exterminar la banda de Schlessinger, marchaban sobre Nicaragua. Tomólo a su servicio el oficial don Samuel Aguilar y vinole de perlas, porque ciertamente no estábamos muy abundantes de caballería. El asno le condujo con la mayor voluntad hasta Rivas, donde siguió prestando eminentes servicios y aguantando las más pesadas bromas con amabilidad y gracia imperturbables. ¿Había que traer carne, leña o cualquiera otra cosa para



El asno del Sapoá de la Primera Compañía

la gente?, venga el burro del Sapcá. ¿Se ofrece una diligencia lejana que no requería gran prisa?, venga el burro, decía el encargado de ella. ¿Estaban de huelga los soldados y sin saber con qué divertirse?, pasaba el burro, echándole mano, le vestían poniéndole caperuzas, lo toreaban y más de una vez le pusieron triquitraques y otros proyectiles inocentes en la cola, sin que por ello se enojara el complaciente animal.

El fue testigo de la terrible lucha que sostuvimos el 11 de abril; paseó por las calles mientras William Walker estaba encerrado, y logrando salir ileso de la lluvia de balas que por tantas horas inundó la plaza, él rebuznó el 12 celebrando la fuga de nuestros enemigos y burlándose de ella y de ellos.

Cuando el cólera mortal nos obligó a retirarnos, el burro traje siempre sobre sus lomos hasta Costa Rica uno o dos enfermos o heridos; aún más, cuantos morrales se le podían acomodar y en este penoso viaje no se le llegó a quitar una sola vez la albarda. El valiente animal cumplió dignamente, y sin cometer la más leve falta.

Llegó a San José sirviendo a los soldados del mayor don Máximo Blanco y al mismo jefe se le entregó mientras alguien no lo reclamara con legítimo derecho.

Desde entonces el pobre burro, acariciado de los soldados de la primera compañía y especialmente de los que sobre él se salvaron, paseaba tranquilo, majestuosamente por las calles de San José, sirviendo de juguete a los muchachos que se divertían en ponerle máscara y corazas, pero sin hacerle mal.

Desgraciadamente para él, llegó a tener tal confianza en las inmundades que sus servicios le daban, que en cuanto olía alguna golosina en cualquier parte, se entraba sin previo aviso a saciar su gula de sibarita. Esto lo arrastró al precipicio: murió al furor de un vecino de esta capital que ignorando, sin duda, sus privilegios y hallándole infraganti en su casa, comiendo sin permiso, lo atravesó de una mortal estocada. El mayor Blanco pidió razón de su muerte y obtuvo a moderada composición cuarenta pesos por él. Dicha cantidad ha sido donada al Hospital San Juan de Dios para que el asno fuera útil hasta en su muerte. Esta ha sido digna de él; murió no vulgarmente como un burro cualquiera, sino de herida de acero como merecía. A pesar de ser pollino, su memoria vivirá más tiempo que los heridos y enfermos que salvó, y que la de muchos hombres que nada hicieron por los defensores de la patria.

UN SOLDADO DE LA 1a. COMPANIA.

Que el burro era célebre, no hay duda, pues la anterior necrología se publicó en el periódico oficial y se ornaron las columnas con franjas negras en señal de luto.

M. SOTO HALL.

Del libro: "Costa Rica en el Siglo XIX".
Pág. 173-174. Tipografía Nacional.
San José, Costa Rica, América Central, 1902.

VUELTA DEL EJERCITO

San José, mayo 3 de 1856.

Nuestros valientes jefes y soldados acaban de hacer un gran sacrificio. Cuando habían volado de triunfo en triunfo y burlado a la fortuna arrancando al pérfido enemigo la victoria con sus heroicos esfuerzos y la protección divina; cuando con más entusiasmo y fe se preparaban a ir a arrojarlo de sus últimas guaridas; cuando tal vez esperaban muy pronto que sus hermanos de Guatemala, El Salvador y Honduras, tan largo tiempo aguardados, vinieran a coronar con ellos la obra de redención que habían tan brillantemente comenzado, derramando sus bienes y su sangre por los esclavizados nicaragüenses; entonces el cólera, ese enemigo terrible, ese azote invisible y mortífero, contra el cual no pueden nada ni las bayonetas, ni los cañones, ni el valor más heroico; el cólera, en fin, a cuya solo nombre tiemblan los pueblos, aparece súbitamente en las filas.

A nuestra salida, al amanecer del día 24 del pasado, creímos que algunos rumores que circulaban en Rivas, eran efecto tan sólo del apocado espíritu de personas asustadizas que creen ver en cada enfermedad un síntoma epidémico, como dijimos en el número anterior, o bien causados por el aspecto que tomaba el colerín, proveniente del inconsiderado consumo de frutas tan sabrosas como nocivas. Pero nos engañamos: era el cólera que amagaba y empezaba su desarrollo fatal.

En el mismo día se presentaron siete casos, al siguiente trece.

¿Qué hacer? ¿Cómo defenderse? ¿Cómo combatir a ese enemigo en un clima abrasador, donde la maléfica estación de las lluvias comienza, donde tienen que permanecer muchos a la intemperie de día y de noche, y en fin, en un país que durante los años pasados, ha visto sucumbir a millares de sus habitantes muertos por la espantosa epidemia?

CAPITAN

Hace muchos años vivía en Barba un sacerdote llamado Bruno Córdoba, el cual poseía un perro que jamás se separaba de su lado. Capitán era el nombre de aquel animal: así lo asegura un viejo soldado que hoy vive ciego en la ciudad de Heredia.

Cuando Costa Rica tomó la resolución de hacer el sacrificio de sus hijos con el fin de romper las cadenas que preparaban para Nicaragua los filibusteros, tocó en suerte al presbítero Córdoba acompañar al ejército en calidad de capellán. Según su costumbre, Capitán siguió a su amo, y fueron vanos cuantos esfuerzos hizo éste para devolverlo.

Testigo fue aquel perro del heroísmo de los costarricenses; y cuando el padre Córdoba des-empañaba su cristiana misión cerca de los moribundos, Capitán parecía demostrar con la profunda tristeza de su mirada, que comprendía la irreparable pérdida que significaba la muerte de cada uno de aquellos valientes soldados.



A consecuencia de la guerra se desarrolló el cólera, que hizo más estragos en nuestro ejército que las balas enemigas. Una de las víctimas fue el padre Córdoba, que encontró su tumba allá en la frontera, en las márgenes del Sapoá.

Un día entero permaneció Capitán sobre la sepultura de su amo, dando aullidos lastimeros; y cual si comprendiera que su amo había desaparecido para siempre, emprendió su camino hacia Barba al caer la tarde.

Dos días bastaron al pobre animal para recorrer aquella enorme distancia, y al cabo de ellos llegó a la casa del padre Córdoba, casi muerto de fatiga y de hambre.

Capitán, agobiado sin duda por el dolor que le causara la pérdida de su amo, murió muy poco tiempo después.

¡Hermoso ejemplo de fidelidad y de cariño!

Tomado de "El Lector Costarricense", Libro Segundo.
Librería Española, María v. de Lines.
San José, Costa Rica, 1924.

VUELTA DEL EJERCITO

San José, mayo 3 de 1856.

Nuestros valientes jefes y soldados acaban de hacer un gran sacrificio. Cuando habían volado de triunfo en triunfo y burlado a la fortuna arrancando al pérfido enemigo la victoria con sus heroicos esfuerzos y la protección divina; cuando con más entusiasmo y fe se preparaban a ir a arrojarlo de sus últimas guaridas; cuando tal vez esperaban muy pronto que sus hermanos de Guatemala, El Salvador y Honduras, tan largo tiempo aguardados, vinieran a coronar con ellos la obra de redención que habían tan brillantemente comenzado, derramando sus bienes y su sangre por los esclavizados nicaragüenses; entonces el cólera, ese enemigo terrible, ese azote invisible y mortífero, contra el cual no pueden nada ni las bayonetas, ni los cañones, ni el valor más heroico; el cólera, en fin, a cuya solo nombre tiemblan los pueblos, aparece súbitamente en las filas.

A nuestra salida, al amanecer del día 24 del pasado, creímos que algunos rumores que circulaban en Rivas, eran efecto tan sólo del apocado espíritu de personas asustadizas que creen ver en cada enfermedad un síntoma epidémico, como dijimos en el número anterior, o bien causados por el aspecto que tomaba el colerín, proveniente del inconsiderado consumo de frutas tan sabrosas como nocivas. Pero nos engañamos: era el cólera que amagaba y empezaba su desarrollo fatal.

En el mismo día se presentaron siete casos, al siguiente trece.

¿Qué hacer? ¿Cómo defenderse? ¿Cómo combatir a ese enemigo en un clima abrasador, donde la maléfica estación de las lluvias comienza, donde tienen que permanecer muchos a la intemperie de día y de noche, y en fin, en un país que durante los años pasados, ha visto sucumbir a millares de sus habitantes muertos por la espantosa epidemia?

En tan crítica situación no es posible ni estacionarse ni avanzar. No son las vidas de cruentos anarquistas, de impíos filibusteros, ni réprobos asesinos, las que se exponen como entre nuestros enemigos, no: son vidas carísimas para la Patria, las que vería segar con generoso orgullo en defensa de la fe, del honor y la libertad de sus hermanos, combatiendo contra un enemigo visible; pero que deploraría cuantas se perdieran por subsistir temerariamente en un país infestado, por un punto de honor mal entendido que obligaría a nuestros soldados a permanecer allí, y ser mutilados por la desoladora epidemia, dando así probabilidades de obtener un menguado triunfo al tan derrotado enemigo.

El digno Jefe de la República y del Ejército, apreciando en todo su valer a sus soldados, no ha querido exponerlos por más tiempo a ser víctimas de la plaga fatal. Por fortuna no han sido aún mucho los casos que se han presentado, pero ¿quién ignora que el cólera cunde y devora con la rapidez del incendio?

En la historia militar frecuentes son estas contramarchas, porque una epidemia es un enemigo incombustible que, si no arranca los laureles adquiridos, destruye a los héroes que han conquistado y sobrevivido a la victoria.

Nuestro ejército vuelve a sus hogares —en ellos permanecerá arma al brazo, dispuesto y aumentado para cuando sea necesario: pero vuelve coronado por el triunfo en todas partes, vuelve vencedor de la falacia, de la traición y emboscados ataques de un enemigo pérfido, pero no hábil; asesino, pero no valiente; vuelve al interior dejando nuestras fronteras bien guardadas, y tan aniquilada y abatida a la horda filibustera que será obra instantánea para los ejércitos aliados de Centro América, sin temor a la epidemia que empieza a desarrollarse en el nuestro, dar el último golpe a los que han jurado **enemistad eterna** y guerra implacable a todos los centroamericanos que no han querido ni podido entrar en relaciones con apóstatas ni bandidos.

"Boletín Oficial", N° 189. Página 429.

San José, mayo 3 de 1856.

Imprenta Nacional, Calle del Palacio, N° 5.

COSTA RICA CIERRA EL TRANSITO

Costa Rica ha vuelto a entrar en campaña valerosamente contra los invasores de Nicaragua. Comprendiendo la urgencia de ocupar ciertos puntos sobre el río San Juan, para estorbar así la entrada de los refuerzos a los aventureros por el mar del norte, tropas costarricenses han ejecutado con buen éxito esa empresa, quitando a Walker los vapores de río, ocupando hasta el fuerte de San Carlos, situado en la boca misma del lago y apoderándose, a lo que se dice, de uno de los dos vapores que el enemigo tenía en la Laguna. No sabemos aún los pormenores de aquellos importantes sucesos, pues lo único que se ha recibido hasta ahora es el **Boletín** de Cojutepeque que reprodujo el contenido de otro de San José. Puede inferirse del contexto mismo de esa parte que los vapores se entregaron a los costarricenses, y que en uno solo de los cuatro tomados hubo resistencia, debida a las sugerencias de un agente de los aventureros. Los buques capturados son los que hacen en diferentes lugares del río, que no es navegable en toda su extensión, el servicio para el tránsito de uno a otro océano. Hay puntos en el San Juan por los cuales no pasan los buques, y en ellos los pasajeros desembarcan, y caminando cierto trecho por tierra, se embarcan otra vez donde el río vuelve a ser navegable. A este servicio estaban destinados aquellos vaporcitos que recorrían al efecto diferentes puntos del río. Esos buques, lo mismo que los dos del lago, que son más grandes y subieron el río medio desarmados, pertenecían a la antigua compañía accesoria del tránsito; Walker se apoderó de ellos y dispuso entregarlos a la nueva compañía a quien otorgó el privilegio para el tránsito. Se dice que mister Vanderbilt meditaba tiempo hace un proyecto para quitar a Walker los vapores, y acaso contaba con que le ayudarían a ejecutarlo las tripulaciones mismas. Ya sea de acuerdo con las fuerzas de Costa Rica, ya que éstas lo hayan concebido y llevado a cabo por sí solas, el hecho es que al ponerlo por obra, han acometido una empresa difícil e importante, han dado un rudo golpe a los aventureros y prestado a la causa común un gran servicio.

PROCLAMA ANUNCIANDO LA TERMINACION DE LA GUERRA

COMPATRIOTAS:

La guerra ha concluido. La amada paz vuelve a nosotros con los vencedores del filibusterismo. Hemos lidiado largo tiempo por los más santos derechos con unión y constancia. Dios nos ha concedido la victoria.

Ya no hoy filibusteros en Centro América. Los centenares que existen, inermes y rendidos, están bajo el sagrado techo de nuestra protección y clemencia.

Libre de sus fieros invasores, Nicaragua vuelve a quedar bajo la justa voluntad de sus hijos. ¡Que el Ser Supremo los inspire y una como hermanos! Hasta su completa reorganización, nuestros fieles aliados de Guatemala, El Salvador y Honduras permanecerán en el continente, nuestras guarniciones custodian los vapores y fortalezas de la línea que se extiende desde las aguas del gran lago de Nicaragua, hasta la bahía de San Juan sobre el Atlántico.

Costa Rica no patrocinará jamás partidos fratricidas, usurpadores vandálicos. Exigirá garantías de paz, de integridad, de unión centroamericana: procurará que se extinga ese espíritu revolucionario que ha sido el mayor de nuestros enemigos; que se sostengan las autoridades legalmente constituidas, y, en todo caso, cumplirá su deber nacional.

Permanezcamos armados, fortifiquémonos más y más, para avanzar con denuedo al porvenir.

Volved al lado de vuestras caras familias, que os esperan con lágrimas de alegría, al lado del Jefe que os admira, a quien habéis sostenido para honor y salvación de Centro América, desde el triunfo ejemplar de Santa Rosa, hasta conquistar en Rivas la última decisiva victoria.

Trocad el fusil por vuestro arado, pero conservadle siempre dispuesto para defender la ley, la concordia nacional, que es nuestra fuerza, y la patria centroamericana. Reconocimiento a nuestros dignos aliados y a los que desde aquí han cooperado a vuestro sostén. Perdón y hospitalidad generosa a los vencidos. Veneración sagrada a los mártires de nuestra libertad.

Abrazando a vuestro General os abrazo a todos con viva emoción y os repito:

Sed bienvenidos, hijos los más ilustres de Costa Rica, para ser perpetuamente, como hasta hoy, en paz y en guerra, ejemplo de honradez y patriotismo.

JUAN RAFAEL MORA.

San José, Mayo 12 de 1857.

ULTIMA EXPEDICION DE WILLIAM WALKER

Trujillo, septiembre 12 de 1860.

William Walker, cuyo nombre será para siempre funesto en la América Central, no contento con los hechos de sangre y exterminio que cometió en Nicaragua, se había ocupado constantemente, aunque sin éxito, de armar nuevas expediciones filibusteras, hasta que ofreciéndole una ocasión favorable la mudanza de gobierno que iba a efectuarse en Roatán, quiso reunir allí una gavilla de aventureros, propagar ideas de insurrección entre los isleños y hacerse presidente de aquel distrito; pero la fatalidad quiso, en mala hora para el filibustero, que se difiriese para otro tiempo la entrega de Roatán, y entonces Walker, impedido de poder fijar allí el centro de sus operaciones, se echó sobre la plaza de Trujillo y tomó el fuerte a favor de la escasa guarnición que estaba de servicio.

En esta situación, fortificado el invasor en varios edificios, con recursos de todo género a su disposición y esperando por mar considerables refuerzos, las lágrimas del pueblo trujillano parecían regar por última vez un suelo que más tarde debía empaparse en la sangre de millares de víctimas hondureñas que inmolaría, no la fuerza de un conquistador, sino la ferocidad de unos bandidos ávidos de oro, esclavitud y desenfreno.

Walker ocupó esta plaza en la infausta madrugada del 6 de agosto último, y desde este día el invasor se hizo reo de los robos y desórdenes que cometió su tropa, ejerciendo a la vez el caudillo una autoridad ilimitada bajo el halago del pabellón de la república que enarbó indignamente, titulándose demócrata de Centro América y Presidente de Nicaragua; pero la Providencia preparaba en sus sabios designios el rayo que debía hundir en el sepulcro al invasor, y así es que, cuando se mostraba éste más ufano de poder recibir refuerzos, se presentó en esta bahía el vapor de guerra inglés "Icarus", cuyo jefe, de acuerdo con el comandante de esta plaza, don Norberto Martínez, formuló enérgicas protestas, que, unidas a la noticia de aproximarse el ejército del interior, obligaron al bandido a dejar este puerto y a dirigirse hacia río Tinto, en donde algunos roataneños cómplices debían reembarcar la expedición. ¡Burlada esperanza!, pues el mismo comandante Martínez destacó inmediatamente tropas en persecución de los bandidos, y desde entonces, acosados éstos por la fatiga, el hambre y los repetidos ataques de nuestros fusileros, unos en pos de otros iban sucumbiendo los malhechores, hasta que Walker y su tropa se rindieron sin condiciones al general en jefe don Mariano Alvarez, que con doscientos hombres los perseguía en un buque, de acuerdo con el comandante del "Icarus", a quien Honduras debe una distinguida gratitud por su enérgica y filantrópica cooperación.

Obtenido el desenlace tan feliz, en los momentos que el señor general Godoy y su tropa auxiliar de Guatemala se daban a la vela en

dos buques para unirse al señor general en jefe Alvarez, cundió el deseo de presenciar un cuadro en que la compasión y el odio debían alternar: aludiendo al desembarque de los bandidos en estas playas.

El día 5 del corriente fondeó, de regreso a este puerto, la goleta "Conre", que conducía al señor general Alvarez y su división. El "Icarus" quedaba atrás con los prisioneros, por razones de comodidad, pero en la noche dio fondo.

A otro día, a las cuatro de la tarde, tres grandes lanchas (las mismas de los invasores) fueron al costado del vapor a recibir los prisioneros, los cuales venían custodiados por tropa del "Icarus". Al desembarcar, esta misma tropa formó su línea en primer lugar; la de Honduras se abrió en dos hileras para colocar en el centro a los prisioneros, y se volvieron a cerrar.

Con excepción de unos pocos, todos los filibusteros ofrecían el aspecto de cadáveres, y algunos de ellos, ciertamente, agonizantes, con sus tristes y lánguidas miradas parecían maldecir al caudillo que a tal extremidad los conducía.

La marcha de entrada fue lenta y grave. Walker a la cabeza de su gente, vestido con mucha sencillez, marchaba al compás del tambor, y era el objeto que absorbía todas las miradas; sí, Walker, ese hombre de mediana estatura, enjuto, de aspecto el más siniestro, con su mirada famélica, viva imagen del crimen y del remordimiento.

Luego que Walker entró a la prisión, se le adaptaron grillos bien fuertes; y preguntándosele qué necesitaba, sólo pidió agua. Mandó llamar en seguida al capellán de este puerto, y protestando su fe de católico romano, se le veía arrodillado al sacerdote o al frente de un altar en que, a la escasa luz de dos candelas, se distinguía la imagen de Jesús. Entre otras cosas, dijo una vez al capellán: "Estoy resignado a morir; mi carrera política es concluida". El día 11 del corriente, a las 7 de la noche, le fue notificada a Walker su sentencia de muerte, y a tan fatídico mensaje sólo contestó preguntando a qué hora se ejecutaría y si tendría tiempo de escribir.

El día 12, a las 8 de la mañana, el reo marchaba al lugar de la ejecución. Iba con un crucifijo en la mano, sin ver a nadie, oyendo los salmos que le recitaba el sacerdote. Entró al cuadro que en el patíbulo formaba la tropa, y allí entregó, lleno de resignación, estas últimas palabras: "Soy católico romano. Es injusta la guerra que he hecho a Honduras por sugerencias de algunos roateños. Los que me han acompañado no tienen culpa sino yo. Pido perdón al pueblo. Recibo con resignación la muerte, si ella fuere un bien para la sociedad". Walker, con una impasibilidad extraordinaria, se sentó en el cadalso y murió ejecutado. Sus restos los recibió un ataúd y descansan en paz, para ejemplo perpetuo. ¡El espíritu de Dios sopla donde él quiere! ¡El jefe de los filibusteros ya no existe! ¡Viva la América Central!

FRANCISCO CRUZ.

EL MONUMENTO NACIONAL

Por el Profesor CARLOS MELENDEZ.

Sobre un pedestal de sólido granito, en el centro del Parque Nacional de San José, se distingue un conjunto de bronce de grande movilidad plástica.

El simbolismo del monumento es interesante, dado que representa el esfuerzo y la decisión de las hermanas repúblicas centroamericanas, aunadas en el común ideal de eliminar de estas tierras al filibustero invasor.

Un número de cinco mujeres —las naciones centroamericanas— en actitudes diversas, dan a entender la situación y hechos de la Campaña Nacional. Una mujer en actitud de desesperanza, —Nicaragua—, protegida por otra —Costa Rica— que alza el pabellón con denuedo, son las figuras centrales, y a los lados y parte posterior, las otras tres evidencian su resolución en la lucha. Una de ellas se apresta con su hacha a dar el golpe de gracia a un filibustero caído, mientras otra, espada en mano, señala al filibustero en retirada. En el extremo occidental aparece la personificación de Walker, en retirada, cubriendo con su brazo derecho su faz, para ocultar la vergüenza de la derrota. Su huida es rápida ante la firmeza con que se ve a las hermanas defendiéndose con armas rudimentarias.

En los costados del monumento que acabamos de describir, se pueden leer:

Batalla de Santa Rosa. 20 de marzo de 1856.

Batalla de Rivas. 11 de abril de 1856.

Los Jefes de la Campaña Nacional Centro-Americana.

Toma de los Vapores en San Juan del Norte. 23 de Diciembre de 1856.



MONUMENTO NACIONAL

Además cada una de esas leyendas tiene en bajo-relieve los detalles a que alude el título correspondiente.

El Monumento Nacional fue inaugurado con toda solemnidad el día 15 de Setiembre de 1895. Las fiestas conmemorativas bien puede decirse que han sido de las mejores que en el país se han celebrado con la finalidad de rememorar la gesta del 56. Vinieron para las festividades delegados de los otros países centroamericanos, personajes del clero e individuos de los más distinguidos de todo el país.

La idea de un monumento conmemorativo era acariciada desde antiguo por las gentes del gobierno. En octubre de 1857 se había promulgado ya un decreto que tendía a establecer en la plaza mayor de San José, "un monumento que eternice la memoria de los triunfos de Santa Rosa, Rivas y San Juan". El mismo no parece haber pasado del papel en que se escribió, razón por la cual en 1888 se acordó contratar por medio del Ministro Plenipotenciario de Costa Rica en Francia, la construcción de un monumento "que recuerde a las generaciones venideras los gloriosos hechos de armas llevados a cabo por el ejército costarricense en defensa de la libertad centroamericana". Como al aludido decreto se le dio respaldo económico suficiente, se logró la intervención en la obra del afamado artista francés M. Louis Carrier Belleuse, quien trabajó en ella en 1890 y 1891.

No se conocen las circunstancias que debieron haber mediado para provocar el atraso de la inauguración de la obra en Costa Rica, dado que no fue sino hasta tres años más tarde que la misma fue colocada en la Plaza de la Estación, como se llamaba en aquellos días al Parque Nacional de hoy.

En todo caso el monumento tiende a recordar la magna gesta del pueblo de Costa Rica, con la que logró asegurar y mantener a las generaciones posteriores, en el ejercicio de nuestra libertad y nuestra soberanía.

LA TOMA DE LOS VAPORES

Por CARLOS LUIS SAENZ.

ESCENA PRIMERA

Escenario.—Sala familiar en una casa de la ciudad de Heredia.
Joaquina, sentada y Damián de pie, conversan
Al fondo, la Tía Mercedes en un sillón se entretiene arrollando cigarrillos y rezando a media voz, mientras vigila a la pareja.

Joaquina.—Damián, voy a serle franca: yo quiero sólo a Lorenzo. Mi padre desea casarme con usted, ya lo estoy viendo. Aunque mi padre me obligue, no obliga mis sentimientos... Nunca llegará a ser suyo mi corazón por entero... Ya lo sabe y le repito que insistir, es perder tiempo... Si mataran en la guerra, Dios no lo quiera, a Lorenzo, su recuerdo en mi memoria tendrá culto fiel y eterno... Y me quedo a vestir santos, pensando que allá en el cielo se juntan las almas nobles de aquellos que se quisieron.

Damián.—Joaquinita, por Dios santo, no me haga morir de celos.

T. Mercedes.—(Siguiendo el rezo a media voz). Ruega por nosotros pecadores...

Joaquina.—Y alguien, por su buen oficio, se ha ganado mi desprecio...

Damián.—¿Qué dice? ¿Acaso soy yo ese alguien? Dígalo luego.

Joaquina.—Es muy parecido a usted en lo de ser... caballero, y en lo de buscar, Damián, para vencer, tan... vil medio. (Saca un pañuelito y se lleva a los ojos).

T. Mercedes.—Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Damián.—Por Dios, Joaquina, me dice algo que yo no merezco. ¿A qué se refiere usted? ¿Qué me reprocha?... No entiendo.

Joaquina.—Usted le habló al Comandante, diga si ese acto no es feo, para que le diera de alta a mi novio en el ejército... Así lo aleja de aquí y se lo quita de en medio... Bien lo sabe, pero créame que mientras yo tenga aliento, sólo habrá para esa acción reproche amargo en mi pecho.

Damián.—Lo que me dice, Joaquina, no es exacto... Se lo pruebo. La amo a usted con toda mi alma... eso es lo único que es cierto. La amo a usted más que a mi vida... Dejar de amarla, no puedo. Mas si me juzga un

cobarde, capaz de un acto tan negro... ahora mismo verá que es falso el cargo que me ha hecho. Sin duda es algún chismoso el que ha inventado ese cuento. Don Francisco, el Comandante, vendrá a decirle si es cierto...

T. Mercedes.—...Saantificado sea tu nombre...

Joaquina.—Más que todas las palabras convencen los mismos hechos: él se va y usted se queda. El no es más que un carpintero; en cambio usted tiene amigos, aristocracia y dinero.

Damián.—Serene ese justo enojo y escúcheme unos momentos; luego juzgará si soy digno de amor o desprecio. Antier dije al Comandante que me iba en vez de Lorenzo: "él tiene diecinueve años; yo los veinte ya los tengo. Pero Lorenzo no quiso que me concedieran su puesto... Y nos vamos a la guerra en el mismo regimiento; porque no quiero quedarme y digan que tuve miedo, y menos ahora Joaquina, que a Costa Rica me debo. Ahora que siento en el alma el escozor de un desprecio...

T. Mercedes.—Saanta María, Madre de Dios, ruega por nosootros...

Joaquina.—Por su honor y por la Patria, Damián, si es así lo celebro. Y perdone mis palabras, si mis palabras lo hirieron.

T. Mercedes.—Pordónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...

Damián.—Partimos... Sólo Dios sabe si algún día regresaremos. Joaquina, júreme aquí que si yo soy el que vuelvo, su amor y su mano juntos me dará el destino en premio.

Joaquina.—Nunca le haré tal promesa, porque de hacérsela, miento. Si de la guerra de Walekr no regresa Lorenzo, le digo, toda mi vida será llorar su recuerdo.

T. Mercedes.—Vénganos el tu reino...

Damián.—¿Y si soy yo el que no vuelvo? ¿No habrá en esos ojos buenos una lágrima en mi obsequio? ¡Qué triste es irse a la guerra sin llevarse un hondo afecto, sintiendo que la que uno ama nos humilla hasta el desprecio! ¡Qué bien me van a servir las balas filibusteras!

Joaquina.—Damián, deseo que comprenda mi estimación... No desdeño al soldado que se va a batir los bucaneros. Pero no quiero engañarlo fingiendo amor que no siento. Dios lo proteja y lo salve y lo traiga aquí de nuevo. No faltará otro cariño que se le encienda en el pecho... Cuando usted vuelva triunfante a pisar el patrio suelo, añadiré a su riqueza, juventud y abolengo, una gloria irresistible, y todas querrán tenerlo por esposo...

T. Mercedes.—Dios te salve, María...

Damián.—¡Menos ay, la que sabe mi secreto, la que de día y de noche ocupa mi pensamiento! Mas todo lo que me dice no pasará, pues no vuelvo... Sin su amor será mi vida lo mismo que un árbol seco...

T. Mercedes.—Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...

Damián.—Lejos de donde creí ser feliz, allá muy lejos, donde nadie me conozca, me darán paz en el suelo. Es preferible morir a vivir siempre muriendo.

T. Mercedes.—...Que estás en los cielos...

Damián.—Adios, Joaquina, mi vida por usted a la Patria ofrezco... Y por Dios, si ya ha borrado de su santo pensamiento ese nombre de cobarde que antes me diera... Comprendo que su amor es... para el otro... Mas dígame que en su pecho se conservará mi nombre sin odios y sin desprecio y que rezará por mi alma con algún cariño, al menos.

T. Mercedes.—...Así en la tierra, como en el cielo...

Joaquina.—Al que muere por la Patria, o al que la sirvió sin miedo, yo lo pongo en mi memoria con devoción y respeto. Es propio de las mujeres tener un amor sincero, un único amor que llene corazón y pensamiento; pero a la par de ese amor, el patriotismo bien puesto, nos hace amar sin reservas a aquellos que bajo el fuego de las armas enemigas, por defender a la Patria, en la lucha sucumbieron.

No fuera costarricense si no sintiera hondo afecto por todos los que hoy se van a vencer al bucanero.

Adiós, Damián, Dios lo guarde... Y que sea feliz deseo. Yo siempre le estimaré la confesión de su afecto.

Llévese este escapulario. (Se lo entrega y al hacerlo se le cae un pañuelito).

Damián.—(Recogiendo el pañuelito). Joaquina, y este pañuelo?

Joaquina.—Lléveselo usted también.

Damián.—¡Ultimo y primer recuerdo! Sus palabras, Joaquinita, me las llevaré aquí dentro. Y cuando en el campo caiga lleno de heridas el cuerpo, para dolor, para dicha, me servirá de consuelo. Y si me ordenan rendirme, al sentir que ya me muero, apretando al corazón escapulario y pañuelo, daré un viva a Costa Rica, que resonará en el cielo.

T. Mercedes.—(Tosiendo).—Amén. Me parece Joaquinita, como que dieron las nueve.

Damián.—(Retirándose) Buenas noches.

Joaquina.—Buenas noches.

T. Mercedes.—Buenas noches, caballero.
Telón rápido.

ESCENA SEGUNDA

Escenario.—Vivac de soldados, alrededor de una fogata, en el proscenio. Al fondo otros grupos de soldados.

Mauro.—Vos sabés que el Mayor Blanco es hombre de pelo en pecho; como no les dio la gana de embarcarse, o les dio miedo; desde la orilla del río les gritó con voz de trueno: “¡Demonios, pues los fusilo!”

Eusebio.—¿Se embarcaron en el acto?

Mauro.—¡Por supuesto! Ninguno chistó a la orden del Mayor. ¡Quién iba a hacerlo!

Un soldado.—(Que tiene una guitarra). Echáte una tonadilla de las que vos sabés, Silverio.

Silverio.—Pues punteáte la guitarra para entonarme, y comienzo.

(Silverio y coro de soldados cantan):

Ya me voy pa Liberia onde la muerte me aguarda. Si al caso yo muero allí poné una flor en mi lárpida, poné una flor, poné, en mi lárpi, larpi, da, da, da. Pi, pi, pi, pilar, pidá.

Adios, adios, me despido, ya yo abandono estas playas, pero me llevo el cariño de la mujer que mi amaba. De la mujer, de la mujer, que mia ma, ma, mabá.

Si sabés que me han matao en los campos de batalla, sobre mi tumba de nieve, chorriá del amor la lágrima. Cho, cho, cho, cho, cho, cho, cho, cho, cho, chorriá, chorriala.

(Serenata del Soldado de Aquileo J. Echeverría. Música de Juan Dávila Solera).

Un soldado.—Echáte aquella cantada del llano guanacasteco, Liborio.

Liborio.—¿La del arriero?

Otro soldado.—¡Esa es riata! Dale viaje que aquí todos la sabemos.

Soldado.—(Cantando en coro). En mi lancha yo e' venío con mi partida e' ganao; se llevó el perro los caites y tuitico m'e espinao, y tuitico m'e espinao. Sió, sió, siooooó, atajame aquel novío. Sió, sió, siooooó, se salió por el portío. El totoposte, la carne asada, el queso fresco, la mantequía, se quedó en la bolsa del calzón... Sió, sió, siooooó, se salió por el portío.

Un soldado.—(Gritando) ¡Guipipiíiiiiiaaaa!

Santos.—Veo que charlan divertidos en vez de cuidar el fuego; busquen leña que aquí traigo unos pescaditos meros.

Eusebio.—Este hombre quiere morir con el estómago lleno.

Santos.—Acostarse uno con hambre, es como tomar veneno. Aprovechen la ocasión, no vaya a ser que mañana con balas desayunemos.
¿Vieron el barco de anoche? ¡Parecía el Monumento de Jueves Santo! Yo pienso llevarme unas candelitas para el altar de mi pueblo.

Eusebio.—Con tal de que las cojás, carastas, yo te las merco. Pero no creas que es cajeta saltar un barco guerrero.

Mauro.—Al diablo con las candelas. Yo quiero ganarme el premio que don Joaquín ofreció por encargo del Gobierno, al que entre nosotros muestre más arrojo y más denuedo.

Eusebio.—¡Adió, si es un solo premio! Y cuando te percatés oirás al Mayor diciendo: "En la toma del vapor, sin dudarle, fue el primero Eusebio Vilchez y a él le corresponde este premio".

Santos.—¿Qué decís de eso Aguilar? ¡Cuidado si te andás lerdo!

Aguilar.—Vamos a ver quién es hombre. Yo sé que todos tenemos sangre caliente en las venas y que salimos dispuestos a regarla a borbotones en defensa de este suelo... Luchemos como valientes, ¡qué nos importa el tal premio!

Santos.—¡Muy bien dicho, Nicolás! ¿Y ahora qué pensás, Eusebio?

Eusebio.—Yo tengo mi guacalona como navaja e' barbero y si la ocasión me llega, sabrán los filibusteros lo que es topar con un hombre que no sabe lo que es miedo.

Dionisio.—¡Hombré, no digás tonteras!, ¿pensás que pelear con esos machos, es como en tu cerco voltiar porós o guineos?

Mauro.—¡Apuesto que vos, Dionisio, te vas a ganar el premio!

Dionisio.—Aunque nada me ganara, venderé caro el pellejo.

Aguilar.—Hay que dar una lección que les sirva de escarmiento a esa chusma de ladrones que quieren hacernos siervos. ¡Viva Costa Rica Libre!

Soldados.—(En coro) ¡Viva! ¡Viva! ¡Vivaaa!

Aguilar.—Defendemos con denuedo su bandera que cobija todo lo que más queremos.

Lorenzo.—¡Viva Aguilar! Bien se ve que es de Barba... Sólo siento que estando él entre nosotros, nadie le arrebatara el premio.

Damián.—Pues yo creo que sangre de hombre todos nosotros tenemos y que cualquiera es capaz de hacer lo que otros han hecho.

Lorenzo.—Alguno hay en nuestras filas que no parece contento y que mejor estaría haciendo cuentos y enredos en Heredia.

Damián.—¿Dices eso, por mí o por otro, Lorenzo?

Lorenzo.—No es hora de explicaciones, aquí no valen los ruegos ni las disculpas fingidas, pues cara a cara nos vemos... Aquí no hay clases sociales ni se compra con dinero el amor de las mujeres, como en Heredia lo hicieron algunos...

Damián.—¿Quiéres seguirme, Lorenzo?

Lorenzo.—Te sigo al punto. Muchachos esperen, volvemos luego.
(Se apartan del grupo visiblemente enemigos. Salen de escena).

Santos.—¡Hum, aquí de seguro andan faldas de por medio!

Mauro.—¿Por qué lo decís? Damián es amigo de Lorenzo.

Santos.—Hay una cuenta pendiente de no muy lejanos tiempos.

Mauro.—Ya lo entiendo. Esa muchacha es para secar los sesos. Lo malo es que haya disgustos en el mismo regimiento. Ahora no hay más enemigo que el traidor filibustero.

Santos.—A muy buena hora se acuerdan de arreglar negocios viejos. Hombré, yo por faldas nunca comprometería ni un dedo. Cuando está la muerte cerca, quién va a acordarse de celos?

Aguilar.—Diantres, sólo eso faltaba, que por enredos y cuentos, estos dos buenos muchachos tomen en serio su pleito. Voy a ver qué es lo que pasa y a evitarlo, si es que puedo. (Sale).

Mauro.—Este Aguilar sí es un hombre en la extensión del concepto. Bravo como el Mayor Blanco y como un tata de bueno con todos; aquí no hay nadie que no le tenga respeto.

Dionisio.—Yo lo ví en el río San Carlos cómo manejaba el remo toda la noche, y al día siguiente, estaba tan fresco.

Mauro.—Tiene una gran puntería y sus puños son de fierro.

Eusebio.—¿A ver quién tiene tabaco? Hace tres días que no pruebo ni una mascada de breva, ni un cigarrillo mal hecho.

Santos.—Cambio dos tapas de dulce por unos caites, Rosendo.

Mauro.—Cambio un ayote en conserva por bizcocho que esté seco.

Un soldado.—¿Quién me da por esta banda una tortilla con queso?

Otro soldado.—Muchachos, doy por un trago este eslaboncito nuevo.

Mauro.—(Por Lorenzo, Damián y Aguilar que vuelven al grupo).—Parece que no toparon estos dos bravos becerros.

Aguilar.—Batirse en estos momentos, no está bien, se lo sostengo. Y con mis explicaciones creo que quedaron contentos. Los dos son costarricenses y en esos jóvenes pechos no caben odios mezquinos que apaguen el patrio fuego.

Damián.—Después de todo lo dicho, ¿eres mi amigo Lorenzo?

Lorenzo.—Aquí está mi mano. (Se estrechan las manos). Creeme que nada de tí resiento; que en lo que pueda servirte me encontrarás bien dispuesto.

Aguilar.—¡Bravo, así se hace, muchachos! Ahora vamos juntos al fuego a ver si nos dan café del que llegó al campamento.

Lorenzo.—¡Quién estuviera en su casa para dormir bajo techo!

Dionisio.—¡O pa estirarse en la cuja y dale descanso al cuerpo!

Aguilar.—Para ver los chacalines dormiditos y sonriendo.

Eusebio.—Para oír la grillería serenatiando en el cerco, y en el corral, cada rato berreando los terneros... Y privarse uno al sonido de un buen charrón de invierno, hasta que en la madrugada el gallo del gallinero le avise a uno que es de día, que hay que salir al potrero por las vacas y los bueyes, que hay que aporcar el maíz nuevo, o alistarse para el turno que el cura tiene en el pueblo...

Aguilar.—Dejen las cavilaciones: miren que detrás del cerro ya salió el cuarto de luna con su cacho ceniciento. A dormir ahora, muchachos y a darle descanso al cuerpo para estar mañana listos a resistir el mal tiempo... Porque la luna trae agua... Mañana estará lloviendo.

Telón rápido.

ESCENA TERCERA

Escenario.—El mismo campamento. Los soldados escuchan el discurso del Padre Brenes, antes de entrar en acción.

P. Brenes.—Muchachos, el Mayor Blanco va a atacar el campamento donde reunidos se encuentran unos cien filibusteros. Por ese platanillal en silencio avanzaremos y al grito de "Viva Mora", vamos a romper el fuego. Acordáos del asalto a Santa Rosa, el ejemplo de esos soldados valientes que pelearon cuerpo a cuerpo. Que a nadie le tiemble el pulso, que todos estéis atentos. En peligro nos hallamos, pero vinimos dispuestos a sellar con sangre libre nuestra dignidad de pueblo, y a sacar de Costa Rica al infame bucanero.

Portémonos como bravos, el triunfo yo sé que es nuestro. Nadie vuelva las espaldas cuando se llegue el momento... Mejor es morir con gloria defendiendo nuestro suelo, a vagar por estas selvas y quizá morir hambrientos, o que nos cacen los tigres en los bosques... Hijos míos, si os portáis como soldados y si morís con desnudo, seréis héroes de la Patria y eternos en su recuerdo. Arrodilláos muchachos, y elevad el pensamiento y ahora repetid conmigo, el Credo y el Padre Nuestro. (Los soldados se arrodillan y rezan).

P. Brenes.—En el nombre de mi Dios y de la Patria, os absuelvo. (Da la bendición a la tropa).

Gritos de los soldados: 1º Viva Costa Rica libre! 2º Aquí nadie tiene miedo! 3º Ya verán esos cobardes lo que es ofender a un pueblo! 4º ¡Viva Costa Rica!

Voces.—¡Qué viva!

Un Oficial.—¡Orden! ¡Silencio! ¡Alisten las municiones y que nadie pierda tiempo!... ¡Firmes! Preparen... ¡Ar.!

(Salen en fila india sin hacer ruido. Al caer el telón se oye claramente un Viva Mora!, seguido de un tiroteo cerrado).

Telón muy rápido.

ESCENA CUARTA

Escenario.—El campamento de los filibusteros tomado por los costarricenses. Los soldados estarán distribuidos en dos grupos, derecha a izquierda del escenario. A este último es conducido Damián en camilla.
(Entran Eusebio y Mauro conduciendo en camilla a Damián).

Eusebio.—Ha botado tanta sangre que parece que está muerto. ¿Y dicen que hay otro herido de gravedad?

Mauro.—Es Lorenzo.

Eusebio.—Fueron los más atrevidos, los que primero cayeron caladas las bayonetas sobre los filibusteros. (Dejan al herido en el suelo y se quedan en el grupo de la izquierda que rodeará la camilla).

Un soldado.—(Del grupo de la derecha):—Allá viene el mayor Blanco y el otro herido, Lorenzo.

Voces de soldados.—(Del mismo grupo).

Uno.—Que viva el Mayor! Abajo los perros filibusteros!

Otro.—¡Viva la tierra de Mora!

Otro.—¡Vivan Damián y Lorenzo!

Otro.—¡Que viva el machito Spencer!

Otro.—¡Que viva nuestro sargento Aguilar!

Oficial.—¡Orden! ¡Silencio! ¡Presenten... ar! (Entra el Mayor Blanco).

Blanco.—¡Salud, muchachos! ¡Que vivan los que no tuvieron miedo! Siento orgullo de mandar soldados del puro pueblo. Soldados costarricenses que presentaron su pecho sin guerrera y sin camisa al rifle filibustero. ¿Quiénes son los dos heridos?

Aguilar.—Damián Pérez y Lorenzo González, ambos de Heredia.

Blanco.—¿Y qué ha dicho el curandero?

Aguilar.—Que tiene Damián heridas de cuidado; que Lorenzo, por la sangre que ha perdido, sufrió un desvanecimiento.

Blanco.—Valientes estos dos mozos. Que los cuiden con esmero.

Santos.—No he visto en toda mi vida dos muchachos más sin miedo... Parecía que se apostaban cuál moriría primero...

Blanco.—Tienen permiso, muchachos, para hacerse un buen almuerzo con todas las provisiones tomadas al bucanero.

Santos.—¡Viva el Mayor! Hace días que sólo bizcocho seco le echo a la tripa; ahora es justo almorzar lomo relleno.

Blanco.—También vengo a dar aviso que el Consejo otorga el premio a Nicolás Aguilar, que atacó el costado izquierdo y tomó la artillería en los primeros momentos.

Aguilar.—Gracias, Mayor... Si usted quiere yo propongo que sea el premio para Damián y Lorenzo.

Blanco.—La Patria los premiará a todos, a todos, pero en justicia, Nicolás, usted se ha ganado el premio.

Aguilar.—Yo sentí la sangre ardiendo apenas se rompió el fuego y vi caer a mi lado muy mal herido a Lorenzo. Corrí como loco y dije: ¡Viva Mora! Ya resuelto salté encima del cañón; allí seis filibusteros me hicieron una descarga y me apearon el sombrero. Por un momento, carambas, se me puso frío el cuerpo y me encomendé a los santos, a San Roque y a San Pedro. Pero en seguida no más me les impuse, sin miedo y el más gallote quedó junto al cañón patitieso.

Dionisio.—Eso es riata! ¡Vos Nicolás Aguilar, bien te merecés el premio!

Blanco.—Todos, todos son valientes y como bravos cumplieron.

Un soldado.—Mata Viejas los lanceaba como a toros en encierro.

Otro soldado.—¡Y hubo que darle un planazo pa que los dejara quietos!

Dionisio.—¡Que sepan esos mandingas lo que vale un hombre entero!

Blanco.—Y ahora todos a almorzar y que les haga provecho. (Sale Blanco).

Un soldado.—(De los del grupo de la izquierda llamando a los del grupo de la derecha).—Vengan para acá, muchachos... que Damián se está muriendo.

P. Brenes.—(Arrodillado junto a la camilla de Damián, colocada en el suelo).—Queda con Dios, hijo mío... El te dé paz y consuelo...

Damián.—Padre, se lo ruego, llame aquí a mi lado a Lorenzo para pedirle perdón... para darle este pañuelo...

P. Brenes.—Cálmate, Damián y piensa en las cosas de los cielos... Dios es justo y Dios perdona, porque su amor es inmenso... Voy a llamar ahora mismo por complacerte, a Lorenzo. (Entra Lorenzo con un brazo en un cabrestrillo, para andar se apoya en el Padre Brenes. Se acerca a la camilla y los soldados lo rodean).

Damián.—Acércate... que te mire... Dame la mano, Lorenzo. Quiero oír que me perdonas la locura de mis celos... Yo pedí que te incluyeran conmigo en el regimiento...

Lorenzo.—No hables de eso. Te perdono. Tienes generoso pecho y a ti te debo la vida, pues exponiéndote al fuego, me sacaste mal herido del campo filibustero.

Damián.—Era mi deber de hombre. Lorenzo, si hubieras muerto, yo me sentiría asesino y muy digno del desprecio que injustamente me tiene tu novia... Por Dios, Lorenzo, cuando vuelvas a su lado este es mi único ruego: le dirás a Joaquinita que yo fui tu compañero, porque velé por tu vida mientras que tuve un aliento... Y dile que me perdone...

Lorenzo.—Te perdona.

Damián.—¡Viva, ... nuestra Costa Rica!... ¡Adelante... compañeros...!

Lorenzo.—Damián, ¡eres todo un hombre!... ¡Adelante seguiremos...! ¡Un error es disculpable Damián!, ¡ningún mal me has hecho!... Al contrario, yo como hombre de corazón te agradezco la ocasión de haber servido a mi bandera y a mi pueblo.

Damián.—Adiós... Amigo...! Me voy! Toma... ¡toma este pañuelo...!

P. Brenes.—Son dos almas generosas, son dos generosos pechos. Reconocer una falta y reconocerla a tiempo, tener valor para expiarla, es señal de que hay dentro una conciencia cristiana y un corazón muy bien puesto...

Aguilar.—¡Que descanse en paz!... Muchachos, ¡Damián ha muerto!

Lorenzo.—Por esta alma generosa, arrodíllense y recemos. (Los soldados se arrodillan. Se escucha el murmullo del rezo).

ESCENA QUINTA

Escenario.—Lugar montañoso. Un grupo de soldados con palas terminan de llenar la tumba del soldado. Lorenzo con una cruz de ramas.

P. Brenes.—Aquí, en medio de estos bosques que parecen un gran templo, reposando para siempre en la paz del patrio suelo quedan de un héroe querido, de un fiel amigo, los restos... Dios en su gloria lo tenga.

Aguilar.—Nunca he visto más denuedo. Era hijo único en la casa... van a sentirlo los viejos! Mas muriendo por la Patria ganamos más que perdemos. Morir por la Patria es gloria que muy pocos merecemos, porque nace de la sangre con que hoy regamos su suelo, la libertad de mañana que a nuestros nietos debemos.

P. Brenes.—Murió como buen cristiano. Dios le debe dar el cielo. Pongamos sobre su tumba una cruz como recuerdo, porque de aquí ya nos vamos quién sabe por cuánto tiempo.

Lorenzo.—(Colocando la cruz de ramas sobre el túmulo).—Adiós, Damián, que esta cruz vele por siempre tu sueño. Dios dispuso que quedaras enterrado en este suelo. Mientras nosotros vivamos, Damián, no te olvidaremos... Si yo vuelvo a mi ciudad, le llevaré a la que quiero con tus últimas palabras todo lo que fué tu anhelo, y como yo te perdono, que ella te perdone espero. Pero si por mi destino a mi Heredia nunca vuelvo, ustedes, buenos amigos, cumplirán con mi deseo, llevándole a Juaniquita un relato verdadero de la muerte de Damián y de mi perdón sincero. ¿Lo harán ustedes, amigos?

Voces de soldados.—¡Sí lo haremos! ¡Sí lo haremos!

Telón rápido.

ESCENA SEXTA

Escenario.—Pocos años después de la Campaña Nacional. La sala de la casa de la primera escena. La novia, Joaquina rodeada de amigos y familiares. Dionisio, renco. Nicolás Aguilar en uniforme de sargento. De cuando en cuando muchachas repartiendo cigarros y puros en bandejitas.

D. Paula.—Lloraban en todas partes y apenas oscureciendo, se oía pasar por la calle la carreta de los muertos.

Na Chepa.—A todos los enterraban en una zanja que abrieron en el panteón.

D. Paula.—Quedó sola la casa de ñor Rosendo... A Manuela le cogió el cólera a eso de las diez. Sotero le fue a traer el Padre y como a las tres estaba difunto.

Na Chepa.—¡Es cierto! Esa enfermedad era peor que rayo caído del cielo. Y ya ve, Paula, qué cosa, ahora cambiaron los tiempos: y su hija va bien casada al casarse con Lorenzo.

Santos.—¡Parece que estoy soñando al hallarnos tan contentos! Me imagino que fué ayer cuando estábamos limpiando el río San Juan. ¿Te acordás de los vapores, Lorenzo?

Lorenzo.—Jamás me podré olvidar de aquellos famosos hechos: la toma de los vapores; los encuentros cuerpo a cuerpo con todos aquellos diablos que medían más de dos metros. Aguilar con uniforme de cabo filibustero.

Una moza.—Que cuente don Nicolás cómo sucedió todo eso.

Dionisio.—Un sablazo que me dieron me adormeció todo el cuerpo y un balazo en esta pierna es lo que me tiene rencó.

Aguilar.—Sólo Dios pudo salvarnos del rifle filibustero.

Otra moza.—¿Y la toma de los barcos fué un combate muy sangriento?

Lorenzo.—Don Nicolás, las muchachas quieren que les cuente el cuento.

Aguilar.—¡Pero hombre, tan curiosas!... ¡Son mujeres, no hay remedio!

Joaquina.—Curiosidad tolerable que no es un vano deseo; su modestía en disculparse añade mérito al mérito. ¡Cuenta usted, don Nicolás, todas queremos saberlo!

Aguilar.—Bueno, pues por complacerlas, voy a repetir el cuento. Además la novia pide y a complacerla estoy presto.

(Pasa una muchacha repartiendo cigarros y puros. Aguilar toma un puro, lo enciende y pausadamente hace su relato entre bocanada y bocanada de humo).

Aguilar.—Tomado el primer vapor a todos los prisioneros quitamos los uniformes que cambiamos por los nuestros.

Dionisio.—Dispensáme, Nicolás, ¡vos no tenías ni sombrero! Yo llevaba pantalones, lo demás era pellejo.

Aguilar.—Y los hicimos ponerse nuestros andrajos es cierto.

Lorenzo.—Eran andrajos gloriosos que valían más que sus nuevos uniformes.

Dionisio.—¡Ya lo creo!

Aguilar.—Obligamos al piloto, que era un machazo muy feo, a darnos el santo y seña, mostrándole el argumento de nuestro sable guerrero.

Dionisio.—Cuando vió mi guacalona, qué ojos de filibustero. ¡Por poquito se desmaya...!

Aguilar.—Y partimos río adentro. Iba en el palo mayor una bandera que el viento hacía flotar, la bandera del barco filibustero. Algunos querían bajarla y todos lo habríamos hecho, para poner en vez de ella la de nuestro patrio suelo. Porque, de veras nos daba cierta vergüenza de vernos, nosotros, costarricenses, bajo un pendón extranjero. Mister Spencer dió la orden de dejarla allí en su puesto para que los otros barcos se acercaran sin recelo. Y a todos los que vestíamos uniforme bucanero nos aleccionó muy bien, y nos enseñó en correcto inglés unas expresiones de que ahora ya no me acuerdo. Me puso a mí como jefe del grupo, por ser más viejo...

Dionisio.—El más valiente dirás, hombré no seas tan modesto. ¿Te acordás de tu uniforme de bucanero, Lorenzo?

Lorenzo.—Para usar los pantalones tuve que cortar del ruedo media vara . . . La casaca tenía dos cuartas de cuello. Y en la badana del kepis, porque me quedara bueno, acomodé una camisa y unos pedazos de cuero. ¡Qué cabezota más grande la de aquel filibustero! Era como un tinamaste . . ., como un chiverre, ¡no miento!

Aguilar.—Y seguimos río abajo; como les iba diciendo . . . En eso vimos un buque que se nos venía al encuentro. Dió el barco los tres pitazos, como era de reglamento. Nosotros le contestamos y, sin pérdida de tiempo, nos bajamos a las barcas y nos acercamos presto a los costados del buque que esperaba en un estero tan claro, que parecía la luna de un gran espejo. Cuando pudieron oírnos, les dije en idioma de ellos, que nos bajarán la escala, que éramos filibusteros y que no había novedad alguna en todo el trayecto; que seguía bien de salú don Walker y grité un hurra con toditico el pescuezo. Nos miraron los ladrones y hubo un rato de silencio; a mí me temblaba el pulso de ganas de acometerlos. Al fin bajaron la escala y como tigres hambrientos todos trepamos por ellas decididos a vencerlos o a morir. Cuando en el barco, espada en mano nos vieron, quisieron hacernos frente, pero no tuvieron tiempo, porque ya nuestras espadas estaban sobre sus pechos y tres que se rebelaron allí mismo perecieron. Los intimamos rendirse y al fin todos se rindieron. Gritamos: ¡Viva la Patria!, al ver que ya éramos dueños de aquel barco que llevaba munición y cargamento.

Dionisio.—A mí me tocó un machazo que parecía un colmenero con su pelambre en la cara.

Santos.—Decime, ¿no te dió miedo?

Dionisio.—Yo le dije: ¿Te rendís? Y me dijo: Mi no entiende. Pero al verme decidido me dió su sable de acero.

Aguilar.—Con los dos barcos seguimos nuestro viaje; a cada encuentro con los buques enemigos hacíamos el mismo juego: a nuestras intimaciones se rendía el filibustero.

Santos.—La verdá es que ellos peleaban para ganarse su sueldo; y nosotros por honor, por la libertad del pueblo.

Dionisio.—Pero a cada nuevo asalto nos jugamos el pellejo; y Nicolás Aguilar se lo jugaba el primero. Este es un hombre, muchachas. Hay onde lo ven tan serio, hizo muy bien el papel de cabo filibustero. (Una moza reparte copitas de licor).

Aguilar.—Brindemos hoy por los novios, por Joaquina y por Lorenzo! Este muchacho bien vale lo que pesa en oro . . . Lencho, Dios tarda pero no olvida.

Lorenzo.—Por don Nicolás brindemos.

Joaquina.—¡Vivan todos los valientes que a la Patria defendieron!

Lorenzo.—Y los que allá en San Juan por defenderla, murieron. Tengamos a todos ellos presentes en el recuerdo.

Una muchacha.—¿Lorenzo, te está quemando la llamita de los celos?

Lorenzo.—Para el que murió en la guerra no tengo sino respeto. Ya no es para mí un rival, sino un valiente que ha muerto.

Santos.—Rosa, no seas imprudente, no hay que hacer ciertos recuerdos.

Aguilar.—Joaquina lo sabe todo y ahora es feliz con saberlo. Dios le ha concedido al fin que se case con Lorenzo. Que El haga que sean felices y que se mueran de viejos, dejando muchachos sanos de alma y cuerpo, que mantengan muy en alto el honor del patrio suelo y que no dejen hollarlo de ningún filibustero.

(Tocan a la puerta y se oye una voz que dice):

Voz.—¡Ave María, gracia plena!

Una muchacha.—Espere, le abro al momento. (Abre la puerta del fondo y anuncia a los de la sala).

La muchacha.—Aquí está el Padre que viene para los consentimientos.

Telón rápido.

Esta dramatización fue escrita con motivo del primer centenario de la ciudad de Heredia.

UNA SALA SOBRE LA CAMPAÑA DEL 56 EN EL MUSEO NACIONAL

Por el Profesor CARLOS MELENDEZ.

Con motivo del Centenario de la Campaña de 1856 y 57, y particularmente en ocasión del centenario de las batallas de Santa Rosa y Rivas, el Museo Nacional de Costa Rica ocupó sus salas de arte para exhibir algún material histórico relativo a dicha efemérides.

La exhibición que comentamos ha puesto de manifiesto que aún es posible obtener de particulares, materiales históricos de esta época, aparte de los ya recogidos en el llamado Museo Juan Santamaría.

Pretender explicar rápidamente el contenido de la exhibición, es tarea un tanto delicada, dado el peligro que habría de caer en la simple enumeración del material.

En todo caso se hace necesario destacar que la misma ha sido organizada siguiendo un orden lógico histórico. A la entrada no más se encuentra un amplio mapa mural del escenario histórico geográfico de la referida campaña, en donde se distinguen con luces, el itinerario seguido por nuestras tropas desde su salida de San José, hasta la primera batalla, y en la misma forma el itinerario de los filibusteros. Por otro lado aparece además el camino seguido por las tropas que realizaron las duras jornadas hacia el río San Juan.

De la campaña son dignos de destacarse el Presidente don Juan Rafael Mora, por haber tomado tan seria resolución, el General don José María Cañas, por su talento militar, y don José Joaquín Mora, por haber sido el hombre que reunió bajo su mando los ejércitos centroamericanos. Por tal razón los retratos de esos próceres se distinguen a la entrada de la sala.

Si hacemos una rápida remembranza de la campaña, recordaremos en primer término lo relativo a la batalla de Santa Rosa. En la sala del Museo encontramos desde el viejo pabellón de Costa Rica que se ha dicho ondeó el 20 de marzo de 1856 en aquel lugar, hasta los detalles de la hacienda: la amplia casona de adobes, los corrales de piedra y un viejo óleo que describe la batalla. Un retrato del Capitán don José María Gutiérrez, nos trae el recuerdo de aquél que con denuedo saltó al patio interior de la hacienda, para nunca más levantarse.

De la batalla de Rivas figuran los retratos de muchos de los participantes, desde los soldados hasta militares de mayor jerarquía que con su esfuerzo lograron evitar mayores daños al país, y aparte también los de aquellos que prestaron sus servicios médicos, oportunos para la vida de muchos valientes, y el retrato de doña Pancha Carrasco, la única mujer costarricense que se sabe estuvo en la batalla de Rivas.

Figuran además cuadros antiguos relativos a la Campaña del Río San Juan, en los cuales pueden observarse las embarcaciones con las cuales hacían el servicio de navegación por el río y el lago, y al lado aparecen fotografías o cuadros de los hombres que allí más se distinguieron: Blanco, Montes de Oca, Fernández, Alfaro, y otros más.

De la campaña en general es posible reconocer a muchos de los que ya en la retaguardia o en el frente, prestaron los eficientes servicios que la Patria requería. Desde los diplomáticos Joaquín Bernardo Calvo, nuestro Secretario de Relaciones Exteriores, hasta don Luis Molina, nuestro Ministro en Washington, sin dejar de recordar a Toledo, Ulloa Solares, Montúfar, y tantos otros.

En material de documentación figuran importantes documentos relativos a los sucesos más memorables, firmados por sus propios actores y resguardados durante un siglo en nuestros Archivos Nacionales.

No falta en la exhibición, ni podía faltar, el fusil de chispa con que se batieron los compatriotas nuestros, ni los objetos de uso personal o en una u otra forma vinculados con la epopeya.

Y para dar una idea más de conjunto de la época, se exhiben además cuadros relativos a la trágica invasión de setiembre de 1860 a Puntarenas, realizada por don Juanito después de su derrocamiento el año anterior. Después del valioso material gráfico, aparecen las últimas y sentidas cartas de don Juan Rafael y el General Cañas, pocas horas antes de su fusilamiento.

Así, al lado de lo epopéyico y heroico del pueblo de Costa Rica en 1856 y 1857, figuran los dolorosos sucesos de 1860. Al lado de una condecoración del Papa Pío Nono y otra concedida por el pueblo de Costa Rica a don Juanito, aparecen los objetos personales de Mora en aquél doloroso 30 de setiembre de 1860, incluyendo el plomo que tronchó la vida de aquél que hasta hacía poco había ocupado la suprema jefatura del país.

La plenitud y ocaso de un hombre, en medio de un grato y a la vez doloroso momento en la lucha por la conquista o conservación de nuestra libertad.

NOTA: Es de lamentar que esta exhibición tenga el carácter de temporaria, debido a que en su mayor parte el material procede de colectores particulares. Lo que alguna vez poseyó el Museo Nacional, pasó hace años a formar parte del Museo Santamaría de Alajuela, en donde ha corrido una suerte que no merecía.

EL TRABAJO DE LA COMISION DE INVESTIGACION HISTORICA

Por decreto presidencial del año 1952 quedó integrada la Comisión de Investigación Histórica, encargada de realizar un estudio que permitiera emitir juicios los más completos posibles sobre la campaña de 1856. Los nombres de los posibles integrantes fueron sugeridos por don Francisco María Núñez refiriéndose a los miembros de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. Dos excepciones hizo el señor Núñez, el de su propio nombre y el de Monseñor Sanabria, atendiendo su repetida negativa a realizar trabajo en grupo. No obstante, como cumplimiento a su valiosa labor de investigación, el decreto lo nombró presidente de la comisión. No se logró ninguna reunión con Monseñor Sanabria, pero hizo algunas observaciones muy atinadas: aconsejó hacer previamente al trabajo una recopilación de libros referentes al asunto, y que la Comisión no se comprometiera a organizar festejos para que pudiera concentrar esfuerzos en la labor de investigación.

Al iniciar el trabajo la Comisión, ante notoria necesidad, acordó emprender una campaña de divulgación. Se planeó hacerlo con la publicación de documentos ordenados cronológicamente y en la forma que fuera más accesible al público.

La Comisión se dio a buscar documentos existentes en Centro América y en los Estados Unidos, cuyas bibliotecas a su vez, los han recogido de otros países. Muchos se obtuvieron también en México, Cuba, Colombia, Chile, Perú y Ecuador. Existen muchos documentos en Francia e Inglaterra, pero se han encontrado relativamente pocos. Fue necesario estudiarlos y catalogarlos, en lo que se ha trabajado por espacio de cuatro años. Se han recogido gran cantidad de artículos periodísticos con los que se ha formado el libro "Crónicas y Comentarios". Accesibles por su estilo a gran cantidad de personas y ordenado en forma cronológica de manera que ilustra la campaña en toda su exten-

sión. Con los documentos oficiales se ha formado otro libro con el nombre de "Documentos Relativos a la Guerra contra los Filibusteros"; tiene más de 400 páginas, y recoge antecedentes históricos. Aún queda material para publicar dos libros más con los documentos que se refieren a la guerra propiamente dicha, y los que tratan de problemas presentados a raíz de la guerra.

Para cumplir su labor de divulgación, la Comisión ha publicado además de los libros citados, los siguientes folletos:

Nº 1. "LA CAMPAÑA NACIONAL". — Don Joaquín Bernardo Calvo. Edición de 20.000 ejemplares. Se ha hecho circular entre educadores, estudiantes y todas las personas que lo han solicitado.

Nº 2 "JUAN SANTAMARIA". — Documentos relativos a la vida del héroe. 10.000 ejemplares; se ha hecho circular en la misma forma que el anterior.

Nº 3. "PROCLAMAS Y MENSAJES". — Presenta 33 proclamas y mensajes, entre ellos algunos muy desconocidos, de Costa Rica y Centro América.

Nº 4 "LA BATALLA DE SANTA ROSA". — General don José Joaquín Mora. 10.000 ejemplares.

Nº 5 "LA CAMPAÑA NACIONAL". — Don Francisco Montero Barrantes, con acotaciones de don Francisco María Núñez e ilustrado.

Nº 6 "LAUDE" — (Evocación de Mora) don Octavio Castro Saborío.

ALGUNAS FECHAS DE LA CAMPAÑA DEL 56

Apuntes de MARCO TULIO SALAZAR

- 8 de mayo de 1824. Nace William Walker en la ciudad de Nashville (Estados Unidos).
- 29 de diciembre de 1854. Contrato de Byron Cole y Francisco Castellón (autorización para traer hombres destinados a colonizar).
- 4 de mayo de 1855. Walker y 58 expedicionarios salen de San Francisco de California, rumbo a Centro América.
- 20 de noviembre de 1855. Don Juanito Mora expide una célebre proclama.
- 22 de noviembre de 1855. El Obispo de Costa Rica, Monseñor Anselmo Llorente y Lafuente publica un edicto exhortando a los feligreses.
- 27 de febrero de 1856. El Congreso Nacional de Costa Rica autoriza al Poder Ejecutivo para que lleve las armas a Nicaragua.
- 28 de febrero de 1856. Decreto del Presidente Mora que ordena levantar un empréstito nacional para gastos de guerra.
- 20 de marzo de 1856. Acción de **Santa Rosa**. Victoria de los costarricenses.
- 29 de marzo de 1856. Vencedor en Santa Rosa, el ejército costarricense llega al Sapoá.
- 7 de abril de 1856. Tropas costarricenses entran en La Virgen.
- 10 de abril de 1856. Acción de Sardinal.
- 11 de abril de 1856. Batalla de **Rivas**. Acto heroico de **Juan Santamaría**.
- 25 de abril de 1856. El cólera hizo necesario el regreso a Costa Rica.
- 5 de mayo de 1856. Salen de Guatemala los primeros contingentes militares para combatir a Walker.
- 1º de julio de 1856. Walker es declarado presidente de Nicaragua.
- 18 de julio de 1856. Hace su entrada en León el ejército guatemalteco.

- 14 de setiembre de 1856. Combate en San Jacinto. Derrota de las tropas de Walker.
- 2 de noviembre de 1856. Sale de Liberia la primera fuerza costarricense para la segunda campaña.
- 29 de noviembre de 1856. Walker abandona Granada.
- 11 de diciembre de 1856. Llega a Nicaragua la primera fuerza hondureña (doscientos hombres).
- 14 de diciembre de 1856. Destrucción de Granada.
- 22 de diciembre de 1856. Combate de La Trinidad.
- 27 de diciembre de 1856. Los nuestros ocupan el Castillo Viejo.
- 30 de diciembre de 1856. Toma del Fuerte de San Carlos.
- 1º de enero de 1857. Primer ataque filibustero a San Jorge. (Los otros: 4 de febrero; 7 de febrero; y 16 de marzo).
- 8 de febrero de 1857. Los filibusteros atacan por segunda vez La Trinidad.
- 5 de marzo de 1857. Combate en El Coyol. El General Fernando Chamorro contra el General Sanders, éste, con 300 hombres es derrotado.
- 11 de abril de 1857. Ataque de los aliados a Rivas.
- 1º de mayo de 1857. Rendición de Walker.
- 23 de noviembre de 1857. Llega Walker a San Juan del Norte con más de 300 hombres.
- 9 de junio de 1860. Walker se embarca en Nueva Orleans, en un cuarto intento para apoderarse de Nicaragua.
- 11 de setiembre de 1860. Condénase a Walker a ser fusilado.
- 12 de setiembre de 1860. William Walker es fusilado en las atueras del Puerto de Trujillo.
- 23 de mayo de 1865. Se otorga una pensión a la madre de Juan Santamaría.

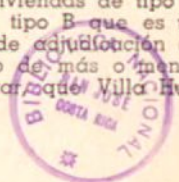
CONJUNTO RESIDENCIAL "VILLA HERMOSA"
ALAJUELA



INVU

INVU
PLAN N° 10

54 VIVIENDAS EN VILLA HERMOSA DE ALAJUELA.—En licitación adjudicada a los contratistas QUIROS & ULATE con 32 viviendas de tipo A y 22 viviendas adjudicadas a MADRIZ & MONTEJO tipo B que es un sistema pre-fabricado de concreto.—Como promedio de adjudicación de venta se fijó un precio racional de acuerdo con el tipo de contrato de más o menos ₡ 21.500.00.—Como complemento a este preámbulo se puede agregar que Villa Hermosa en Alajuela es el barrio residencial por excelencia.



I. C. E.

Como parte de su programa de aprovechamiento de los recursos hidráulicos del país, tiene el Instituto el proyecto de proteger las cuencas de los ríos por medio de la creación de

PARQUES NACIONALES Y ZONAS DE SEGURIDAD

La creación de los parques nacionales como estímulo de las fuentes hidráulicas, lleva también la intención de hacer sentir a los costarricenses la necesidad de actuar en el fomento de la conservación de los recursos naturales para los fines ecológicos, sociales y estéticos que ligen al hombre con la bondad de la naturaleza.

Acudimos a las autoridades educativas del país para que cooperen en esta labor de fomento forestal.

INSTITUTO COSTARRICENSE
DE ELECTRICIDAD

LA ENFERMEDAD, LA INVALIDEZ Y LA MUERTE

son riesgos que amenazan constantemente a todas las personas. Muchas de ellas ven con terror el momento en que cualquiera de esos riesgos pueda llegar a afectarles. Los asegurados, en cambio, tienen la seguridad de que hay una Institución, la Caja Costarricense de Seguro Social, que tiene los medios económicos y técnicos necesarios para luchar por su salud y por su vida en un empeño decidido de bienestar colectivo. Por una pequeña cuota pagada al Seguro Social, los asegurados obtiene la posibilidad de que se les cure y proteja, no como una limosna, sino como un derecho.

**Caja Costarricense
de
Seguro Social**

**CAJA DE PRESTAMOS Y DESCUENTOS
DE LA ASOCIACION NACIONAL
DE EDUCADORES**

— FUNDADA EN DICIEMBRE DE 1944 —

SU CAPITAL AUTORIZADO: ₡ 5.000.000.00
(cinco millones de colones)

SU CAPITAL PAGADO: ₡ 1.775.101.65

MONTO DE LOS PRESTAMOS OTORGA-
DOS EN EL AÑO ECONOMICO DE 1956 ₡ 2.228.600.00

MONTO DE LOS DESCUENTOS OTORGA-
DOS EN EL AÑO ECONOMICO DE 1956 154.287.95

MONTO GLOBAL DE LAS OPERACIONES
REALIZADAS EN EL AÑO ₡ 2.382.887.95

NUMERO DE ACCIONISTAS QUE PERTENECEN
A LA CAJA: 9,200

NUMERO DE PRESTAMOS HECHOS
EN EL AÑO 2,669

NUMERO DE DESCUENTOS HECHOS
EN EL AÑO 520

**A USTED LE CONVIENE
AUMENTAR SU CUOTA MENSUAL
PARA FORTALECER EL CAPITAL**

**COOPERANDO CON SUS COMPAÑEROS
SE AYUDA USTED MISMO**

EL

Banco de Costa Rica

identificado con la función social y económica que significa el ahorro, tiene establecido desde hace algunos años el sistema de

Ahorro Escolar

que brinda a todos los escolares del país, la oportunidad de formar su propio fondo para futuras inversiones o necesidades.

—:O:—

Esto nos permite solicitar a los señores profesores su cooperación, para incrementar esta actividad, que se traduce en beneficio directo del país, estimulando en los niños el orden y hábito del ahorro.

BANCO NACIONAL
DE
COSTA RICA

**UNA INSTITUCION AL SERVICIO
DE LA ECONOMIA NACIONAL**

Mantienen un completo servicio bancario a través de su Oficina Central y de sus 34 Sucursales y Agencias, así como también un sistema crediticio que llega hasta el propio agricultor por medio de sus 40 Juntas Rurales de Crédito Agrícola distribuidas en todo el territorio nacional.

Maestro de Escuela:

**INCULCAR AL NIÑO EL HABITO
DEL AHORRO ES HACER PATRIA**

Lleve a sus alumnos a visitar nuestra Sucursal o Agencia más cercana, en donde se les darán toda clase de explicaciones y facilidades para que se inicien en nuestro ventajoso plan de ahorros.

ANTONIO LEHMANN LIBRERIA ATENEA

Ofrece:

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA
según las nuevas normas de prosodia y ortografía
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA.
Décimoctava Edición, 1956.

Totalmente revisada y ampliada con gran cantidad
de términos introducidos por las diversas ramas
de la técnica moderna.

LUJOSA ENCUADERNACION EN PASTA ESPAÑOLA.

PRECIO: ₡ 59.00

NUEVO PEQUEÑO LAROUSSE ILUSTRADO
EDICION 1956

1528 páginas - 6000 grabados - 200 cuadros
de conjunto - 70 mapas en negro - 12 láminas
y mapas en colores.

**UN DICCIONARIO PARA TODOS Y AL ALCANCE
DE TODOS POR SOLAMENTE ₡ 25.00**

SABER DA APLOMO SABER IMPONE QUIEN SABE, TRIUNFA

TINTAS
CALZADO
BETUN



Industrias nacionales al servicio
de todos los costarricenses.

Zapatería GADI

ALMACEN FERNANDO HERNANDEZ H. e Hijos

ALAJUELA Y HEREDIA .

FORMIDABLE PLAN
DE
VENTAS DE RADIOS

"PHILIPS"
HOLANDESES.

R A D I O S

"PHILIPS"
DE UNA BANDA.

con ₡ 25.00 de prima
y ₡ 20.00 cada mes.

R A D I O S

"PHILIPS"

de onda corta y larga,
con ₡ 50.00 de prima
y ₡ 20.00 cada mes.



OFRECEMOS LA MARAVILLOSA

COCINA

"PHILIPS HOLANDESA"
DE CANFIN,

para los lugares donde no se tiene
corriente eléctrica.

— Pidanos detalles sobre ella —

OFRECEMOS TAMBIEN OTROS
ARTICULOS COMO:

MAQUINAS DE COSER,
LAVADORAS, BICICLETAS.
BATIDORAS Y COCINAS
ELECTRICAS,
NACIONALES Y ALEMANAS.

